

SERVICIO SECRETO

PASTO DE LA MUERTE

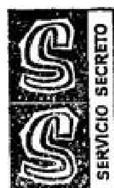
clark carrados

PASTO DE LA MUERTE

CLARK CARRADOS

PASTO DE LA MUERTE

1.ª EDICIÓN
NOVIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 20622 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 2082/62

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:
636 — Duelo de cerebros.

En Colección BUFALO:
433 — Capitán Fracaso.

En Colección CONGO:
6 — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:
336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:
302 — Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:
228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:
221 — La séptima estrella.

En Colección PUNTO ROJO:
21 — Motín.

En Colección BRAVO OESTE:
82 — Savia roja.



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía calor.

Era un calor denso, espeso, casi con la consistencia de un jarabe, que adhería las ropas a la epidermis transpirada y envolvía el cuerpo en una capa de sofocación muy parecida a la atmósfera de un baño turco.

U Shi, el birmano, dijo:

—Esta tierra es muy buena para los gusanos, *tuan* Harris.

El *tuan*[1] Harris sonrió laxamente.

—Sí —fue todo lo que dijo, a costa de un gran esfuerzo.

El río corría a poca distancia. Bajo la intraspasable bóveda de la selva, el ambiente estaba sumido constantemente en una vaga penumbra que aun en las horas más fuertes de luz del día semejaba la proximidad del ocaso. Las aguas del Hka corrían mansamente, negras, casi aceitosas y sin un susurro, como si fueran también jarabe.

Una barca remontó la corriente. En la popa, un birmano movía la pértiga. Su mujer, con un crío en la espalda, estaba acuclillada cerca de la proa, limpiando el arroz que constituía, con algunas migajas de pescado seco, su nocturna colación.

—Sí, los gusanos se desarrollan con gran rapidez en este suelo, *tuan* Harris —repitió U Shi.

Escarbó un poco con la mano en la tierra húmeda y esponjosa.

—Mire, *tuan.*

Chester Harris volvió la vista mecánicamente. U Shi había practicado en pocos momentos, una pequeña excavación de unos cincuenta centímetros de lado por la mitad de profundidad. Las raíces de las plantas asomaban negruzcas, como grandes hilos de algún desconocido tejido rasgado de mala manera.

Algo se movió por el suelo. Eran unas cosas cilíndricas, blancuzcas, de unos diez centímetros de longitud por medio de grueso. Los gusanos se sentían evidentemente molestos al verse a la luz del día y trataban de volver nuevamente a sus madrigueras subterráneas.

Harris sintió una náusea al ver aquellos repugnantes animales. Volvió la vista, en tanto que U Shi echaba con el pie la tierra sobre la pequeña excavación.

Sacó cigarrillos y ofreció uno al birmano. Este lo aceptó con grandes muestras de alegría.

—Oh, qué bueno. Yo llevo mucho tiempo sin fumar cigarrillos americanos… desde que ustedes estuvieron aquí durante la guerra, hace ya más de diez años.

Harris se asombró.

—¿Es que no venden en la aldea?

U Shi inhaló voluptuosamente el humo antes de contestar.

—Oh, no. Son muy caros y nosotros muy pobres. Tenemos que fumar el tabaco nuestro… Traer un paquete desde Moulmein o Rangún costaría mucho dinero. El único que fuma a veces es Kweng, el patrón de la barca, pero es un avaro y no da a nadie, ni a sus propios marineros.

—¿De modo, U Shi, que tú estabas en la aldea cuando la guerra?

—Sí, *tuan* Harris. Lo pasamos muy bien. Claro que de vez en cuando, venían los aviones japoneses y ¡pum, pum!… pero ustedes se defendían muy bien… Había siempre cerveza fresca y cigarrillos. ¡Qué tiempos, *tuan* Harris, qué tiempos!

Harris sonrió. Se imaginó a U Shi como un rapazuelo de diez o doce años corriendo por todas partes, con los ojos muy abiertos, sonriendo siempre a los americanos y demandando con el gesto, sin pedir con la voz, un cigarrillo o una tableta de chocolate. Chiquillos en la guerra, todos igual en todas partes, cualquiera que fuera su raza. Así debía haber sido U Shi.

—¿Conociste a muchos americanos, U Shi? —preguntó.

—Oh, sí, a muchísimos… El coronel MacTubbs. Le llamaban "Nariz de Berenjena". ¿Qué es berenjena, *tuan* Harris?

—Una hortaliza, U Shi. Pero, continúa. ¿A quién conociste?

—¡Huy! Si empezara a hablar, no acabaría nunca. Me acuerdo de

casi todos, cuarenta, cincuenta, noventa, ¿quién podía contarlos a todos, *tuan* Harris?

—Ya. Entiendo. Debiste sentir mucho su marcha, ¿no es eso?

—Muchísimo. Todos lo sentimos cuando se fueron. Nos querían tanto y nos habían trufado tan bien. Claro que hubo excepciones, pero esos fueron menos.

Su mano acarició con orgullo la cadenita de metal que pendía de su cuello y de la cual pendía una bala de fusil. Se la había regalado un americano.

El calor no cedía. Harris sintió que algo líquido y caliente se le deslizaba por la espalda y le pareció como si le hubieron echado un chorrito de melaza.

Pensó en una ducha. Pero casi al instante desechó la idea. Una ducha, sí. Y a los diez minutos, estaría sudando de nuevo y con las ropas mojadas y arrugadas otra vez.

Miró en torno suyo. No comprendía cómo podía vivir la gente en semejantes parajes. Pero vivían y se amaban y tenían hijos y morían.

Morían. Entonces, los gusanos…

Una arcada de repugnancia le subió a la boca. Procuró tragarse el humo para vencer las náuseas que le había inspirado el pensamiento.

De repente se oyó un sonoro vocerío a lo lejos. Los gritos eran de mujer y parecían brotar de numerosas bocas.

U Shi se puso en pie. Hasta entonces había permanecido acuclillado.

—Vámonos, *tuan* —dijo—. Es la hora del baño de las mujeres.

—Sí —suspiró Harris. La hora del baño de las mujeres. Poco después, la noche se echaría encima con tal rapidez que el crepúsculo parecería no haber existido.

Emprendieron lentamente el camino de regreso a la aldea. Cincuenta metros más allá, se encontraron con una impresionante turba de mujeres de todas las edades, desde la que todavía se agarraba al pecho de su madre hasta la que pronto seria pasto de gusa…

Escupió a un lado. ¿Por qué habría sacado U Shi a relucir a aquellos repugnantes animales?

Las mujeres les abuchearon al pasar por su lado. Un coro de sarcásticos "búnnnss" saludó su presencia. U Shi les lanzó cuatro procaces insultos, en tanto que Harris sonreía calladamente.

Llegaron a la aldea, instalada en un claro de la selva, hecha retroceder a fuerza de tenacidad y de una lucha constante y sin cuartel contra las plantas que proliferaban con vertiginosa rapidez.

El paso de los americanos durante la guerra se había hecho notar. Las cabañas estaban mejor construidas, pese a que todavía se usaban en

ellas los materiales tradicionales: bambú y bálago, y hasta las calles estaban mejor alineadas. Pero, pensó Harris, no dejaba de ser una aldea en medio de la jungla birmana, a miles de millas de la civilización… y a muy pocas de la nada agradable frontera china.

De repente, sus ojos captaron una muestra. Estaba escrita en dos idiomas: el ininteligible birmano y el inglés. Era el bar de Ran Padang.

Ran Padang tenía cerveza fresca siempre. Disponía de un refrigerador y un motorcito de gasolina. Harris notó que tenía la boca seca.

Sabía que cinco minutos después de haberse tomado la cerveza, sudaría como un condenado, pero no le importó. Ahora quería saciar la sed.

—Vamos a tomar una cerveza, U Shi —dijo.

El birmano palmoteó alegremente.

—Sí, *tuan —y* de pronto, agregó—: ¿No le gustaría antes saludar a la señorita Scott?

Harris frunció el ceño.

—¿Una americana aquí?

—Sí —dijo el birmano—. Es la maestra y misionera de la aldea. Mírela, por allí viene.

Harris volvió la vista. Una mujer se acercaba a aquel lugar, caminando con paso largo y elástico.

Era de buena estatura y vestía severamente, lo que no impedía se advirtiera la espléndida escultura que había bajo sus ropas. Tenía el cabello cuidadosamente peinado y aparecía fresca y fragante, como si estuviese en una urbe occidental, en lugar de una aldea birmana perdida en los confines de la selva. Vestía una blusa blanca, cerrada hasta el cuello y abotonada en las muñecas, falda de color marrón obscuro y zapatos planos. Pendiente del hombro llevaba un discreto bolso de cuero negro de buen tamaño.

La mujer era muy hermosa, indudablemente, y Harris se hubiera detenido a charlar con ella, aun corriendo el riesgo de ser despedido en el acto de intentar la aproximación. Pero se imaginó a sí mismo ante el espejo, con barba de cuatro días, la chaqueta sobre el hombro, el sombrero en la nuca, los pantalones sucios y la camisa mojada de sudor, y desistió.

—Vamos, U Shi, ya hablaremos con ella otro día.

Subieron los peldaños de la escalera que conducía a la veranda del bar y entraron dentro.

Estuvieron un buen rato, charlando con el dueño, que resultó ser un individuo de envidiable locuacidad. Al terminar, con cuatro o cinco latas de cerveza en el cuerpo, Harris decidió retirarse a su alojamiento.

Había alquilado una cabaña, situada en el borde nordeste de la aldea, en un lugar desde donde podía divisar el río y el pequeño embarcadero que servía para las necesidades de la población. Entró en su dormitorio y comenzó a desnudarse, en tanto que en la pieza vecina, U Shi empezaba a prepararle la cena.

La ducha estaba en el exterior, en el centro de una pequeña empalizada, y consistía en una lata vieja, un tubo con una alcachofa de metal con agujeros y una cuerda para abrir la válvula. En suma, el método más primitivo de la ducha.

Se quitó la toalla con que se había envuelto la cintura y tiró de la cuerda. El agua no le proporcionó apenas ningún alivio. Estaba caliente como sopa.

Se enjabonó cuidadosamente el cuerpo de pies a cabeza. Luego se quitó el jabón con agua.

Mientras los últimos rastros de jabón eran disueltos por el agua, oyó a sus espaldas unos gritos mezclados con risitas. Frunció el ceño y se volvió.

Inmediatamente soltó la cuerda y se precipitó sobre la toalla, cubriéndose la cintura. Asomadas a la empalizada había cuatro o cinco mujeres jóvenes, que hacían alegres comentarios a costa suya.

—¡Largo! ¡Fuera! —gritó, y las mujeres huyeron precipitadamente, parloteando como pájaros en la copa de un árbol.

Pese a sus aprensiones, la ducha le refrescó. Cenó con buen apetito y luego se retiró a descansar.

Se desnudó, poniéndose solo los pantalones del pijama. Tendióse sobre el lecho, sintiendo que el sudor le corría en menudos arroyuelos a lo largo del costado. ¡Maldito calor!

Poco a poco, sin embargo, fue quedándose dormido. A lo lejos, en la selva, se oyó el rugido de alguna fiera. Pero la distancia era excesiva para sentir algún temor.

Despertó mucho más tarde. Permaneció tendido, mirando a través de la ventana. Las estrellas lucían en lo alto, por encima de la barrera negra de las copas de los árboles.

Alguien corrió silenciosamente no lejos de la cabaña. Harris pensó que se trataba de algún enamorado furtivo que abandonaba a su pareja, aprovechando las sombras de la noche. Allí sucedía lo mismo que en cualquier otra ciudad del orbe.

De pronto, percibió un ruidito en la habitación.

Algo se movía en el suelo con siseo apenas perceptible.

CAPÍTULO II

Harris se sentó en el lecho de manera automática. La cama era muy baja, mucho más que lo ordinario, de tal modo que apenas si era una prolongación en vertical del suelo. Generalmente, cuando dormía, uno de sus brazos solía colgarle fuera, pero en aquella cama, la mano y todo el antebrazo descansaban sobre el suelo de madera de la cabaña.

El ruidito se repitió. Era como si se frotasen dos superficies de distinta contextura, muy suave y blanda una de ellas y más dura la otra.

El sudor le chorreó repentinamente por todo el cuerpo. ¿Qué era lo que producía el ruido?

Este se acentuó. En medio de las tinieblas impenetrables, Harris sintió que la causa del ruido estaba a pocos pasos de distancia, posiblemente, a menos de dos.

Buscó a tientas en la pequeña mesilla que tenía al alcance de su mano y sacó los fósforos. Encendió uno.

La luz de la llama barrió al instante la obscuridad. Y Harris sintió que el sudor se le congelaba en la espalda.

El siseo se acentuó súbitamente. Ahora ya no se trataba de una cosa que se arrastraba por el suelo, sino que era un ruido emitido por un ser vivo.

La serpiente frenó bruscamente su deslizar, enderezándose hasta más de la mitad de su cuerpo. Su cabeza se balanceó lentamente a un lado y a otro.

Harris encendió rápidamente la lámpara. Debajo de la almohada tenía un revólver de caño corto y calibre 38, pero no se atrevió a utilizarlo. En primer lugar, podía errar el tiro y en segundo, hubiera originado una alarma que él era el primer interesado en evitar.

La serpiente ganó un metro. Ahora ya estaba a menos de otro tanto del lecho. Su próximo impulso la situaría en posición de ataque.

La lengua del reptil entró y salió rápidamente, con un siniestro silbido. Cubierto de sudor de pies a cabeza, Harris vio hincharse a ambos lados de la cabeza del reptil aquellas anchas orejas que le conferían un aspecto tan extraño, y, al mismo tiempo, tan sui géneris. No, no podía engañarse, era una cobra, uno de los reptiles más mortíferos que existen.

Entonces relacionó los pasos que corrían sigilosamente con la serpiente. Alguien la había arrojado a través de la ventana para matarle de un modo hábil, rápido y silencioso.

¿Por qué?

No podía perder tiempo buscando la respuesta para aquella pregunta. En el momento actual, lo urgente era eliminar aquella amenaza. Pero no quería utilizar el revólver.

La cobra se irguió. Sus ojos le miraron fría, diabólicamente. El animal se balanceó. Su próximo movimiento sería una especie de fulgurante lanceteo, un mordisco en la pierna izquierda, que asomaba fuera de la sábana, subida hasta la rodilla la pernera del pijama. Y unos minutos más tarde, la muerte en medio de horribles convulsiones.

Sus dedos se crisparon sobre la almohada. Era el único recurso que tenía por el momento.

De pronto la arrojó contra el animal, golpeándole en la cabeza. La serpiente dio dos o tres vueltas sobre sí misma, arrastrada por el impulso del golpe. Luego se incorporó, terriblemente furiosa y se lanzó al ataque con ciego ímpetu.

Harris le lanzó una sábana. El reptil quedó envuelto en los pliegues de la misma, forcejeando desesperadamente para librarse de aquella cosa que la impedía toda libertad de movimientos.

Harris se tiró de la cama y recuperó la almohada, empezando a dar golpes contra el reptil, que se agitaba frenéticamente bajo la sábana. Estuvo golpeándolo hasta que todos sus movimientos hubieron cesado.

Al terminar, respiró profundamente. El sudor le goteó de la barbilla al suelo y las gotas cayeron con sordos chasquidos. Bajo la sábana se percibía un pequeño bulto inmóvil.

Harris se atrevió a retirar una punta de la sábana. La serpiente apareció debajo, quieta, pero, en su opinión, solamente atontada por los golpes. Más tarde, podría revivir y…

Se vistió rápidamente. Luego sacó la almohada, quedándose solamente con la funda. Cogió con dos dedos la serpiente, procurando hacerlo por la base del cráneo, para evitar una picadura imprevista. Luego arrojó el cuerpo del reptil en el interior de la funda, cerrándola con un fuerte nudo.

No quiso pasar por la pieza vecina para no despertar a U Shi. Saltó a través del antepecho de la ventana, dirigiéndose con todo sigilo a la orilla del río.

Al llegar allí, agarró por una punta la funda de la almohada y empezó a golpes con el reptil, sacudiéndolo con todas sus fuerzas contra el tronco de un árbol. Después tomó impulso y arrojó funda y serpiente al centro del río. Hubo un leve chapoteo y eso fue todo.

Regresó a la cabaña en un notable estado de excitación. Habían querido asesinarlo. Eso estaba claro. Y para él también estaba claro por qué habían intentado matarle.

Lo que ya no estaba tan claro era la identidad del asesino. ¿Quién había lanzado el reptil a través de la ventana?

Se estremeció. De no haberse despertado tan pronto, ahora estaría muerto y su cuerpo listo para pasto de…

Sintió un gusto amargo en la boca. Volvió a su dormitorio por el mismo lugar que había empleado para salir. En la mesilla tenía una botella de licor. Arrancó el tapón con los dientes, escupiéndolo a un lado.

Luego bebió directamente de la botella. Tema que quitarse el mal sabor de boca provocado por el incidente.

Más tarde se tendió a dormir de nuevo. Le costó reanudar el sueño. En su mente había grabada una frase, de la cual no podía desprenderse por más esfuerzos que hacía: Pasto de gusanos.

CAPÍTULO III

No quiso decirle nada a U Shi a la mañana siguiente. El birmano parecía buena persona, pero también podía ser todo lo contrario. Mejor dejar pasar el tiempo, quizá el asesino cometiera un desliz y se descubriera a sí mismo.

Como el día anterior una vez hubieron desayunado, salieron de la cabaña. El calor había vuelto, húmedo y aplastante, envolviendo en sus sofocantes ondas la aldea y a sus habitantes.

Las mujeres iban y venían a sus quehaceres. Los hombres estaban ya en los campos, cultivando sus vegetales o algunos cazando incluso. Harris y el nativo caminaron en dirección paralela al río durante un buen rato, por una pequeña carretera que apenas si se utilizaba, dado que el medio principal de comunicación de la aldea era el río.

A una milla de la aldea, la carretera hacía una pronunciada "S" de triple curva, para sortear el escollo de unas cuantas rocas, empeñadas en una lucha imposible contra la selva. Pasaron la primera curva y al llegar a la segunda, U Shi dijo:

—Ahí fue donde mataron al mayor Harris, *tuan*.

—¿Mayor Harris? —dijo Chester—. ¿Qué sucedió, U Shi?

El nativo no contestó. Estaba muy ocupado desbrozando un determinado trozo de la orilla de la carretera. Al fin, mostró una losa de piedra sobre la que se leía una inscripción.

Maj. W. T. Harris.
1907 —1945

—¿Qué pasó, U Shi? —preguntó Harris, muy interesado—. ¿Lo sabes tú?

—Si no le importa, yo podría explicárselo, señor Harris.

Harris se había inclinado un tanto para leer la inscripción. Se enderezó al oír aquella voz.

Lynn Scott estaba frente a él, con una sombrilla azul celeste en la mano, único detalle de color de su impersonal indumentaria que no bastaba, sin embargo, para ocultar las voluptuosas líneas de su cuerpo. Tenía el cabello cuidadosamente peinado y las piernas enfundadas en unas medias de brillante seda.

Harris se quitó el sudado sombrero.

—Se lo agradecería mucho, señorita…

—Scott, Lynn Scott —respondió ella con una rápida sonrisa—. Soy

la maestra y misionera de la aldea, aunque ya me supongo que el charlatán de U Shi le habrá dado cumplida cuenta de mis virtudes y defectos, señor Harris.

Chester sonrió.

—Señorita Scott, me siento muy honrado en conocerla —manifestó —. Ahora bien, en lo que respecta a U Shi, puede usted estar tranquila, es la primera noticia que tengo acerca de sus defectos. Solo me habló de sus virtudes.

Ella inclinó gentilmente la cabeza.

—Se expresa usted muy bien, señor Harris. Gracias.

—Por lo visto, U Shi no ha hablado solo conmigo. Le ha dicho mi nombre también, ¿verdad?

—En pocos días se ha hecho usted muy popular en la aldea —contestó ella evasivamente—. Bien, ¿quiere conocer la historia del mayor Harris? Por cierto, ¿era pariente suyo?

—Oh, no. Debe tratarse simplemente de una coincidencia. Es un apellido muy común.

—Sí, claro. Como el mío.

—Más o menos —sonrió Harris aprobadoramente—. Y, ¿en qué consiste la historia del mayor Harris? ¿Quién le mató?

—Se la he oído relatar a las personas mayores de la aldea —contestó Lynn Scott reflexivamente—. Parece ser que el mayor Harris Transportaba una gran suma de dinero. Era el pagador de la división. Alrededor de trescientos mil dólares en dinero.

—Una buena suma, en efecto. Los guerrilleros japoneses debieron de alegrarse mucho.

Lynn sacudió la cabeza.

—No fueron japoneses, sino sus propios hombres.

Harris arqueó las cejas.

—¿Sus propios hombres?

—Bueno —se corrigió Lynn—; me refiero a que fueron americanos los que le mataron.

—Entiendo. Para robarle el dinero.

—Eso es.

—Pero aquí, y en plena guerra, no había oportunidad de gastarse los trescientos mil dólares, señorita Scott Ella alzó levemente los hombros.

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que el dinero no apareció.

—Lo esconderían, sin duda alguna.

—Quizá —concordó ella. Sonrió—: Pero esa es ya una vieja historia. Cuando la escucho alguna vez, me da la sensación de que haya ocurrido hace un millón de años —tendió la vista en torno suyo—. Todo está ahora tan pacífico, tan tranquilo… La guerra aquí debió ser

un infierno, señor Harris.

—U Shi podría decimos algo al respecto —comentó él.

—Yo era muy pequeño entonces —manifestó el aludido.

—Y como todos los chiquillos —rio Lyon—, lo pasaba estupendamente —desplegó la sombrilla—. Bien, he de regresar a la aldea. Me alegro de haber satisfecho su curiosidad, señor Harris.

Chester volvió a descubrirse.

—Encantado de conocerla, señorita Scott.

Estuvo contemplándola hasta que se perdió de vista en la próxima curva. Luego sacó dos cigarrillos, dio uno a U Shi y se puso el otro en la boca.

—U Shi —dijo—, ¿qué opinas de la señorita Scott?

—Que es muy buena y quiere mucho a todos, sobre todo a los niños —contestó el birmano rápidamente. Miró al joven maliciosamente—. ¿Le gustaría que también a usted le quisiera, sí?

Harris hizo ademán de dar un cariñoso cachete al nativo.

—U Shi, hijo de una hiena leprosa, Contén la lengua.

Regresaron. El calor era aplastante. No corría ni una ráfaga de aire y la humedad parecía formar un aura en torno al cuerpo, impidiendo casi del todo la transpiración y haciendo más sofocante el ambiente. Sin rumbo fijo, Harris acabó recalando en el cafetín de Ran Padang y se sentó a una mesa situada junto a una ventana, desde la cual se divisaba gran parte de la aldea y el embarcadero del río, situado al otro lado.

El dueño del local le trajo una lata de cerveza iría. Ran Padang era un hombre de unos cincuenta años de edad, con grandes rollos de grasa en su cuerpo. Vestía una sucia camisa de color indefinible y un largo faldellín de percal floreado que le llegaba a la mitad de las pantorrillas. No tenía un solo cabello en su cráneo, cuyo brillo aparecía aumentado a causa de los continuos frotamientos con aceite de coco. Sus ojillos negros, vivaces, desaparecían casi por completo debajo de unos párpados repletos de grasa.

Harris se dio cuenta de que el cafetín estaba más limpio que de costumbre y que en el extremo opuesto, unos cuantos nativos estaban armando una especie de escenario con tablas, gruesos cañas de bambú y esteras.

—¿Qué pasa, Ran? —preguntó—. ¿Alguna fiesta local?

—Oh, no, *tuan* Harris —contestó el nativo, inclinándose profundamente—. Es que a la noche presentaré una gran atracción para mi clientela. A usted le reservaré la mejor mesa, *tuan* Harris. ¿Querrá honrarme con su presencia?

Harris se imaginó al instante lo que iba a ser la atracción: pífanos, tambores y guitarras de una sola cuerda en torno a una bailarina nativa,

que pretendería haber servido durante equis años en tal o cual templo sagrado. Bueno, a falta de otra cosa, se dijo…

—Conforme. Gracias por la oferta, Ran. Vendré puntual.

—El *tuan* Harris es muy amable conmigo —dijo Ran Padang, y ya se disponía a marcharse, cuando Chester lo detuvo.

—Un momento, Ran. ¿Te importaría contestar a alguna pregunta?

—No, *tuan*. Estoy a su disposición.

—Estuve hace unos momentos en la tumba del mayor Harris. ¿Qué sabes tú del asunto?

Harris advirtió que la servil sonrisa de Ran Padang, sin desaparecer, se hacía más tensa.

—Lo que dice todo el mundo, *tuan* —contestó—. Lo mataron sus propios soldados para apoderarse del dinero que llevaba.

—¿Nada más?

—*Tuan* Harris, ¿cómo quiere que yo sepa más cosas? Entonces estaba en la selva. Servía de guía a los contraguerrilleros. Esta historia la oí después, cuando se acabó la guerra. No estaba en la aldea.

—Comprendo —dijo Chester. ¿Por qué aquella nota falsa en la voz de Ran Padang? Sonrió—. ¿Habrá domar dores de serpientes en el espectáculo de esta noche?

Ran Padang acusó el impacto. Su rostro se atirantó súbitamente, perdiendo por un momento la sonrisa.

—¿Domadores de serpientes? —dijo con voz extraña. Se rehízo pronto y sonrió como antes—. No, *tuan* Harris.

—Gracias, Ran. Eso era todo.

—Me siento encantado de haberle servido, *tuan* —contestó el nativo, y se retiró después de un par de profundas reverencias.

Harris encendió un cigarrillo. Fumó pensativamente durante largo rato. ¿Quién había lanzado la cobra dentro de su dormitorio?

Llegó el mediodía y con él una especie de calor que parecía iba a consumir la aldea con sus invisibles llamaradas. Harris no se atrevía a moverse de su sitio, temeroso de deshacerse en un charco de sudor si daba media docena de pasos tan solo.

Alrededor de la una, oyó un ruido extraño.

Era el claxon de un automóvil.

CAPÍTULO IV

¿Un automóvil en aquel lugar tan apartado?

Casi inmediatamente sonaron varios gritos. Harris se enderezó en su silla.

Algunos chiquillos corrían rápidamente hacia el río. El claxon sonó de nuevo. Entonces, Harris comprendió que se trataba de la bocina de una lancha a motor que avisaba su llegada de tal manera.

El hecho le extrañó notablemente. ¿Quién podía llegar en una motora? Kweng, el patrón de la barca que hacía el enlace con Moulmein y traía el escaso correo que llegaba a la aldea, así como las mercancías que le encargaban, no llegaría hasta la semana siguiente. ¿Por qué, pues, aquella arribada tan insólita?

Permaneció en su sitio, contemplando el pequeño alboroto que se había formado con la inesperada aparición de la motora. Desde allí vio desembarcar a tres o cuatro personas, tres de las cuales, al menos, eran de raza blanca.

Los recién venidos avanzaron, abriéndose paso a través de la gesticulante masa de chiquillos. Ran Padang corrió hacia la puerta del cafetín y una ancha sonrisa se dibujó en sus labios morcilludos.

—Ya está ahí la bailarina, tuan Harris —dijo, frotándose las manos de contento—. Esta noche nos vamos a divertir en grande, se lo aseguro.

La masa de curiosos fue aclarándose hasta que, al final y ya cerca del cafetín, quedaron casi solos los recién llegados. Harris comprobó con infinito asombro que venía una mujer blanca entre ellos.

Era morena, pero de tez muy blanca, lo que hacía más acusado aún el contraste con su negrísimo cabello. Tenía los ojos intensamente verdes y vestía una blusa sin mangas con gran escote y una falda de tela ligera, amarilla, muy ajustada, prendas ambas que hacían resaltar notablemente las protuberantes líneas de su joven cuerpo. Llevaba en la mano un gran bolso de cuero rojo y en la otra un abanico de paja que movía casi constantemente.

Los otros dos eran hombres de unos treinta y cinco a cuarenta años de edad. Uno era alto, fornido, con una cicatriz en el lado izquierdo de la cara. El otro era de mediana estatura, regordete, pero con una mirada de serpiente que no agradó a Harris en absoluto. No podía asegurarlo, pero le pareció que ambos iban armados bajo las respectivas chaquetas.

Detrás de ellos, caminaban un par de nativos cargados con el

equipaje. Llegaron al cafetín y subieron los peldaños que conducían a la veranda. Ran Padang les recibió con grande muestras de alegría, prodigando inclinaciones a diestro y siniestro.

La mujer no parecía muy contenta de verse allí. Sus ojos miraban inquietos a diestro y siniestro y en sus facciones podía verse dibujada una inconfundible expresión de enojo.

Entraron en el local. Ran Padang dijo:

—Siéntese, por favor, les traeré de beber al momento.

Los componentes del trío miraron a Harris, sin querer dar sensación de entablar conversación con él. Harris, por su parte, se abstuvo de hacer nada en tal sentido, limitándose a escuchar lo que hablaban.

La mujer parecía realmente enojada. Plantó sus manos en las caderas, amplias, estallantes, y paseó la mirada por el local.

—¿Y este es el magnífico establecimiento donde tengo que actuar? —preguntó con voz irritada—. Finn Charleth malditos sean tus antepasados, ¿quién te has creído que soy yo?

Finn Charleth era el alto. Agarró la muñeca de la joven y tiró de ella.

—Siéntate —dijo en voz baja, aunque no tanto que no le oyera Harris—. Siéntate y calla, maldita estúpida.

Ella se zafó de la presa.

—No me da la gana —dijo—. Cuatro días de viaje, calor, mosquitos, incomodidades y otras cosas… ¿y todo para cantar aquí? ¿Estás loco, Finn?

Intervino el gordo. Su voz parecía salir directamente de un frigorífico.

—Siéntate y calla, Mary —dijo.

Ella apretó los labios y obedeció. Pero se la veía claramente que le costaba un enorme trabajo contener la rabia que la poseía.

—Escuchad —habló—, si pensáis que yo…

—Tú harás lo que te digamos —la atajó el gordo—. Y se acabó.

El gordo, pensó Harris, debía poseer algún extraño poder, porque la joven se calló al instante. Pero sus ojos despedían llamas.

Vino Ran Padang con una bandeja y empezó a servirles. Al ver que le ponían cerveza delante, la joven pegó un manotón y tiró por tierra su servicio.

—¡Quita esa porquería de mí vista, maldito chino! —gritó—. A mí dame algo más fuerte, ¿me oyes?

Ran Padang se quedó helado. Tan aturdido estaba que no supo qué decir.

Entonces, el gordo se puso en pie y abofeteó a la joven.

Esta abrió mucho los ojos, como si no acabase de creer en lo que le había sucedido. Al ver aquello, Harris se creyó en la obligación de intervenir.

Púsose en pie y avanzó hacia la mesa ocupada por el trío.

—Permítanme que me inmiscuya en sus asuntos —dijo—, pero no me parece nada correcto lo que acaba de hacer con esta dama, amigo.

El gordo le miró con expresión de sorpresa.

—¿Quién es usted? —inquirió agresivamente.

—¡Déjalo, Ray! —exclamó Finn—. Siéntate.

—Sí, será mejor —masculló el gordo. Y volvió la espalda.

Harris le agarró por el hombro izquierdo, haciéndole dar la vuelta de golpe.

—Un momento, amigo. Me parece que usted no anda muy sobrado de urbanidad.

—En cambio —contestó el gordo airadamente—, a usted, lo que le sobra es estupidez. Déjenos y lárguese, ¿quiere?

La mano izquierda de Harris se clavó en el adiposo hombro del gordo.

—Pídale perdón a la señorita —dijo secamente. Y observó que ella reía disimuladamente.

Los ojillos del gordo se inflamaron. Perdiendo los estribos, intentó golpear al joven.

Harris bloqueó fácilmente el puñetazo que le lanzaba su antagonista. Ran Padang empezó a invocar a sus dioses protectores.

El joven clavó su puño derecho en la bola de grasa que era el abdomen de su enemigo. Este boqueó agónicamente y se sentó en una silla.

—Así está mejor —dijo Harris, satisfecho. Y entonces se dio cuenta de que Finn se lanzaba contra él.

Quiso detener el ataque de su enemigo, pero era tarde ya. Un puño chocó contra su mandíbula con efectos devastadores. Cayó de espaldas y le pareció que se hundía en una sima sin fondo.

CAPÍTULO V

Cuando despertó, se encontró sentado en una silla. Se tocó la mandíbula y emitió un gemido de dolor.

El borde de un vaso tocó sus labios. Abrió la boca y bebió instintivamente.

Empezó a toser en el acto. Le pareció que le habían echado un chorro de fuego por la garganta abajo. Entonces supo que había bebido vino de palma, el fortísimo licor que destilaban los nativos. Tosió abundantemente, pero el alcohol le hizo reaccionar.

Abrió los ojos y ajustó el foco de sus pupilas.

—¡*Tuan* Harris! ¿Está bien? —oyó la voz ansiosa de U Shi. Detrás del muchacho estaba el dueño del cafetín, contemplándole con expresión lastimosa.

—Sí, gracias —dijo. Miró en torno suyo; el trío había desaparecido —. ¿Dónde están? —preguntó.

—En la cabaña de U Noy —contestó U Shi—. Es la más grande de la aldea y se alojan allí. ¿Por qué se dejó pegar, *tuan?* —preguntó el nativo con aire de pena.

—Me sorprendió, eso es todo. ¿Ella se fue con los tipos? —inquirió.

—Sí —contestó Ran Padang—. Estaba muy enojada, pero acabó por seguirles —el nativo parecía ir a romper en llanto de un momento a otro—. *Tuan* Harris, esto va a ser mi ruina.

—¿Por qué? —preguntó Chester, extrañado.

—Yo contraté una bailarina blanca… ¡y ella no baila! ¡Solo canta! La gente no acudirá y será mi ruina… ¡Mi ruina, *tuan* Harris! ¿Ellos me exigirán el pago del contrato… y de dónde voy a sacar el dinero si no me vienen clientes?

Harris abrió los ojos.

—¿De modo que esa chica viene a cantar?

—Yo la contraté para…

Ran Padang no pudo seguir. En aquel momento entró una persona en el cafetín. Era Lynn Scott.

—¡Ran Padang! —exclamó. Daba la sensación de estar muy enojada.

—¡Señorita Scott! ¿Usted… por aquí?

Lynn alzó su barbilla con gesto orgulloso.

—Sí, Ran Padang. He venido aquí por primera vez y, espero, también por última—. Sin darse punto de reposo, prosiguió—: Me he

enterado de que en tu cafetín se va a ofrecer a la noche un espectáculo indecente y subversivo para la moral. Esto jamás ha sucedido en los dos años que llevo aquí y estoy dispuesta a no consentir que se celebre ese vergonzoso y repugnante espectáculo, ¿me has oído, Ran Padang?

El lindo rostro de Lynn aparecía inflamado por una cólera santa. Blandía su sombrilla a medida que iba desgranando su filípica, como si fuese una espada de fuego, tal fue la imagen que su actitud le sugirió a Harris.

Ran Padang meneó la cabeza tristemente.

—Puede estar satisfecha, señorita Scott. El espectáculo no se celebrará —giró un cuarto de vuelta a la izquierda, apoyó el brazo izquierdo en la pared de bambúes y escondió la cara, a la vez que rompía a llorar—: Ella no es bailarina, solo cantante, señorita Scott.

Lynn se quedó un tanto desconcertada. Pero se rehízo prestamente.

—Aun así —dijo con voz severa—. Soy la encargada de la custodia de la moral de esta aldea y no puedo consentir que una mujer venga a echar a perder mis esfuerzos con sus impúdicas actitudes. La he visto e inmediatamente he sentido una gran vergüenza de ser mujer, al contemplar la forma en que iba vestida. ¡Jamás he visto una exhibición tan francamente desvergonzada! Y si eso sucede por la calle, ¿qué no pasará en tu cafetín, aunque solamente se limite a cantar?

Ran Padang asomó un ojo fuera del brazo.

—Tengo permiso del jefe de la aldea —apuntó tímidamente.

Harris se puso en píe.

—¿Señorita Scott?

Ella le miró fríamente.

—¿Señor Harris?

—Creo que exagera usted un poco la nota —dijo el joven—. En mi opinión, no puede suceder nada malo con que esa señorita les cante cuatro canciones a los nativos…

—Señor Harris —le interrumpió ella con seco acento—. Deje que sea yo la que cuide de la moral y de las buenas costumbres de la aldea. No puedo prohibirle que acuda a escuchar a esa… dama, si es su gusto, pero quiero que sepa, y Ran Padang también, que haré cuanto esté en mi mano por impedir se celebre un espectáculo comparable solamente con las orgías romanas y las bacanales de Sodoma y Gomorra. Ahora mismo iré a ver al jefe de la aldea y echaré sobre el platillo de la balanza toda mi influencia a fin de que se suspenda el espectáculo.

Hizo un par de inclinaciones con la cabeza y se retiró altivamente.

Harris fue a frotarse la mandíbula, olvidándose del golpe recibido. Una mueca de dolor se dibujó en sus labios.

—Te está bien empleado —musitó—. No te metas en lo que no te

importa o recibirás golpes y respuestas desconsideradas.

Ran Padang empezó a llorar otra vez.

—Mi ruina, mi ruina… Entre los unos y la otra, me van a arruinar.

Harris meneó la cabeza. Luego dijo:

—U Shi, vámonos. Volveremos a la noche.

—Sí, *tuan*.

Se dirigió hacia su cabaña. Para ello tenía que pasar por delante de la de U Noy. Iba tan abstraído en sus pensamientos, que no advirtió nada hasta que le llamaron por su nombre.

—¡Señor Harris!

Volvió la cabeza. Era la cantante.

Estaba apoyada en la veranda de la cabaña, de modo que destacasen las curvas generosas de su cuerpo. Se había cambiado de ropa y ahora lucía un vestido floreado, de escote más discreto, aunque tan ajustado al cuerpo como las prendas que llevaba anteriormente. Un cigarrillo humeaba en su mano derecha.

Harris se acercó, quitándose el sombrero.

—¿Cómo está, señorita…?

—Ellis, Mary Ellis —contestó la joven, en cuyo rostro se veía una expresión de dureza que la afeaba no poco—. Tengo que darle las gracias por lo que hizo antes en mi favor.

Harris se tocó la mandíbula.

—Una intervención desafortunada —comentó, sonriendo.

—No tanto. El gordo, perdón, quise decir Hatton, acabó pidiéndome perdón.

—Eso ya es algo, señorita Ellis. Lo celebro.

—Esta noche canto en el cafetín de… ¿Cómo diablos se llama ese tipo? Todos los nombres de estos chinos me parecen iguales.

Harris sonrió.

—Ran Padang. Y son birmanos, no chinos.

Mary se encogió de hombros despectivamente.

—Bueno, como tiene los ojos oblicuos. Le espero a la noche en el cafetín de… Ran Padang.

—Trataré de acudir, si la dejan cantar, señorita Ellis.

Los ojos de la joven centellearon.

—¿Cómo dice usted? ¿Qué no van a dejarme cantar? ¿Quién rayos se lo ha dicho a usted?

—Lo sé, y basta. De todas formas, no se preocupe mucho; aunque la permitan cantar, fracasará.

—¡Vaya! —resopló Mary—. Parece usted estar muy enterado de las cosas que suceden en esta sucia aldea. ¿Cómo sabe que fracasaré si todavía no me ha oído cantar siquiera?

Harris se puso un cigarrillo en la boca.

—Los nativos esperaban a una bailarina, no una cantante. En estos momentos, Ran Padang está lamentando más que nunca haberse quedado calvo. No puede tirarse de los pelos.

Mary Ellis sintió como si la hubiesen pegado un puñetazo en el estómago.

—¿Una… bailarina? Pero, ¿qué se han creído esos tipos? ¿Quién piensan que soy yo?

—El interés de los nativos estaba centrado en ver actuar a una bailarina blanca. Sus canciones les traen sin cuidado.

Ella apretó los labios. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pateó con rabia.

—¡Esos bastardos! —masculló—. Haberme traído engañada hasta aquí… diciéndome que era una gran población y que me lloverían las monedas de plata a cada canción… ¿Y qué diablos hago ahora yo, señor Harris?

—Eso es cosa de sus consejeros —contestó el joven—. Ellos quizá puedan resolverle el problema. De todas formas, a la noche estaré en el cafetín para ver lo que sucede.

Mary Ellis crispó las manos un par de veces.

—Gracias por sus informes, señor Harris. ¿Puedo saber, no obstante, por qué espera usted que suspendan mi actuación?

En aquel momento cruzaba una persona por la plaza. Harris miró a Lynn Scott.

Ella le vio al lado de Mary Ellis y volvió la cabeza en el acto, levantando la barbilla con gesto orgulloso.

—¿Quién es esa tipa? Parece que se haya tragado una espada —comentó Mary sarcásticamente.

—Es la señorita Scott, la maestra y misionera de la aldea.

—Entiendo —dijo Mary, haciendo chirriar las palabras—. Una de esas condenadas puritanas para las cuales, todo lo que no sea rezar y llorar, es un pecado digno de las mayores penas del infierno. Y, supongo, ella habrá sido la autora de la prohibición.

—Todavía no. En estos momentos, se dirige al jefe de la aldea, con el fin de conseguir sea suspendido el espectáculo.

Con gran asombro de Harris, Mary pareció tomárselo con calma.

—Bueno. ¿Y qué? Estos tipos querían una bailarina y yo no les voy a gustar. El único que perderá será el dueño del cafetín, que tendrá que pagarme lo mismo.

—¿A usted?

Mary le miró con el ceño fruncido.

—Oiga, ¿qué es lo que quiere decir con eso?

—Supongo que tiene usted un representante, ¿no?

—Dejémoslo correr —respondió Mary secamente—. Bien, me parece que ya hemos hablado bastante…

—Todavía no, señorita Ellis —dijo Harris—. ¿Quién le ha informado de mi nombre?

Ella sonrió maliciosamente. Su expresión de dureza y acritud pareció suavizarse un tanto.

—Es usted muy popular en la aldea, señor Harris —fue todo lo que contestó Y acto seguido, dio media vuelta y se metió en la cabaña, dejando al joven sumamente perplejo.



—¡Harris, despierte!

CAPÍTULO VI

Tal como había pronosticado Harris, la actuación de Mary Ellis fue un verdadero desastre del principio al fin. No porque ella lo hiciera mal —en realidad, tenía una bonita voz, que se apreciaba mucho mejor todavía sin la ayuda del micrófono—, sino porque durante todo el tiempo, los nativos permanecieron sumidos en un cortés silencio, que no logró alterar el cambio de vestidos que la joven realizó con relativa frecuencia para ver de animar el ambiente.

A la tercera canción, Harris pudo darse cuenta de que los nervios de Mary Ellis estaban a punto de estallar y que se contenía difícilmente. En una ocasión, incluso, pudo ver su espalda al otro lado de las rústicas bambalinas que habían montado Ran Padang y sus improvisados tramoyistas, y la espalda se movía agitadamente. Una mano masculina asomó al escenario y tiró de la joven con fuerza hacia adentro.

Mary salió minutos después, ataviada con un traje negro, que parecía pintado a pistola sobre su piel, tan ceñido era. El hombro derecho le quedaba al descubierto, redondo, ebúrneo, y la rodilla del lado opuesto asomaba por una abertura de la falda. Cantó *El amor, esa cosa maravillosa* con voz y sentimiento que hubieran levantado tempestades de aplausos en el público más exigente, pero que en los asistentes nativos a la velada no despertó la más mínima emoción.

Harris la observó atentamente. Mary se metió en el escenario, estallante de ira. En una ocasión oyó el estridor de su voz y luego la bronca e ininteligible respuesta de uno de los dos individuos que la acompañaban.

De pronto, Mary salió trastabillando. Estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio. Harris comprendió que se había negado a seguir actuando y que uno de sus compañeros la había empujado violentamente. Sonó la *orquesta,* un magnetofón, posiblemente, escondido tras las bambalinas, según pensó Harris, y Mary atacó los compases de *Cantando bajo la lluvia.*

Apenas había empezado a cantar la conocida melodía, cuando una mujer irrumpió en el local como una furia, trepando al escenario antes de que él aterrado Ran Padang tuviera tiempo de impedírselo.

—¡Cielos! —masculló Harris—. ¡La que va a armar esta histérica!

Y se lanzó en su persecución. Pero el local estaba abarrotado de gente y tenía grandes dificultades en progresar.

Mary había dejado de cantar y contemplaba estupefacta a Lynn

Scott, la cual, en cambio, no parecía ocuparse de ella. Lynn Scott se dirigió al asombrado auditorio con voz tonante que dominó el ruido del magnetófono.

—¡Escuchadme todos, réprobos! ¡Salid de aquí inmediatamente! ¡Salid antes de que la cólera del Señor…!

No pudo seguir más. Otra persona irrumpió en el escenario, animada por una cólera muy diferente de la que ella anunciaba.

—¡Lárguese, estúpida! —gritó Finn. El gordo salió tras él—. ¡Fuera y a limpiar las narices a sus alumnos! ¡Aquí no queremos locas como usted! ¡Fuera o la echaré a patadas de aquí, estúpida chiflada!

Harris estaba ya cerca del escenario. Ran Padang, como no tenía pelos de qué tirarse, se tiraba de las orejas.

Por un momento, Lynn Scott se quedó atónita ante el individuo. Pero se rehízo al instante.

—¡Usted… echarme de aquí…! —exclamó, roja de cólera—. Usted, maldito embaucador de espíritus, delegado de Satanás, espíritu maligno… Usted… arrojarme a la calle… Prefiero morir antes que ceder en mis derechos, ¿me oye?

Finn perdió la paciencia. Agarró el brazo de la joven y trató de sacarla del escenario a viva fuerza. Apoyada en un mamparo de bambúes, Mary contemplaba la escena sumamente divertida.

Lynn levantó la pierna derecha y, aunque la falda tubular que vestía embarazaba notablemente sus movimientos, logró conectar la puntera de su zapato con la rodilla de Finn. Este profirió una imprecación y empezó a dar una serie de saltos ridículos por todo el escenario, con gran algazara de los espectadores.

El gordo intentó repetir la faena y sacar a Lynn del escenario. Lynn no se arredró y empezó a sombrillazos con Hatton, el cual acabó emprendiendo una retirada muy poco honorable, perseguido por las incesantes carcajadas de los nativos, que la estaban gozando en grande.

Finn bramó algo ininteligible. Olvidóse de su rodilla lastimada por un instante y, yéndose hacia Lynn, la despojó de la sombrilla, rompiéndola sobre su pierna levantada. Luego arrojó los trozos a un lado y acto seguido, sin solución de continuidad, la soltó dos soberanas bofetadas, con ambas manos, en los dos lados de la cara, que la dejaron sentada en el suelo, sin aliento y apenas sin comprender lo que la había sucedido.

Finn se inclinó hacia ella, con los puños crispados, y el rostro encendido por la ira.

—¡Y ahora, maldita bruja…! —barbotó, justo en el momento en que Harris se precipitaba, por fin, de un salto en el escenario.

Finn se incorporó. Quiso defenderse, pero ya era tarde. Harris

colocó su puño izquierdo en el plexo solar de su enemigo, haciéndole retroceder un par de pasos, con los brazos abiertos. Saltó hacia él, con el puño derecho cerrado.

Finn voló fuera del escenario, cayendo sobre una mesa que saltó hecha pedazos. Los ocupantes de la misma huyeron a la carrera, aumentando la confusión de la escena.

Sonó un grito.

—¡Harris, cuidado!

El joven volvió la cabeza. Ray, el gordo, había sacado un revólver y le apuntaba con el arma.

Una silla voló por los aires, alcanzando al gordo en pleno pecho. El revólver le cayó al suelo.

—¡Gracias, U Shi! —gritó el joven, mientras se arrojaba contra su segundo enemigo.

Batir a Ray Hatton fue más fácil. Un directo a su vulnerable vientre le hizo doblarse agónicamente sobre sí mismo. Harris bajó la mano derecha y golpeó la rolliza nuca del gordo con el filo. Ray estiró las piernas y cayó al suelo con gran estruendo.

Entonces se dio cuenta de una cosa. Los nativos aplaudían y aullaban frenéticamente.

Mary se le acercó, ondulando como una sirena.

—Ha salvado el espectáculo —dijo, sonriendo insanamente.

—No ha sido por mi gusto —contestó él con sequedad—. Hasta luego —y se acercó a Lynn Scott, quien continuaba sentada en el suelo con aire ausente, sin darse cuenta de que tenía la falda subida hasta bastante más arriba de las rodillas—. Vámonos, señorita Scott.

La joven maestra se puso en pie de un salto, lanzando un chillido.

—¡No me toque, reprobó! —gritó—. ¡No me toque!

Harris se hartó de tantas contemplaciones. Asió con fuerza el brazo de la joven y se la llevó a empujones.

—Cállese ya. Su intemperancia la ha hecho cometer un gravísimo error. Todo iba bien hasta que usted vino a meter la pata, así, dicho con todas las letras.

Ella le miró con la boca abierta con gesto estúpido. Quiso decir algo, pero la presión de la mano de Harris era demasiado enérgica y antes de que se diera cuenta, ya estaba fuera del cafetín.

Dejaron a sus espaldas un inenarrable espectáculo. Los nativos aplaudían y vociferaban de modo ensordecedor, armando un alboroto indescriptible.

Harris acompañó a la joven hasta su alojamiento. Al llegar allí soltó su brazo.

—Ahora puede echarse a dormir. Y lo hará muy satisfecha —gruñó.

Ella adelantó el busto agresivamente.

—He hecho solamente lo que me dictaba mi conciencia, señor Harris.

—¡No diga memeces! —barbotó él, muy sulfurado—. Lo único que ha hecho es el ridículo, además de perder buena parte de su prestigio. Estos nativos esperaban una bailarina y no una cantante. Mary Ellis les ha defraudado y la prueba de ello es que no ha sonado un solo aplauso en los varios números que ha interpretado. Mañana ya no hubiera cantado, porque Ran Padang se hubiera desinteresado del asunto. ¿Quién sabe si con su intervención no ha logrado usted todo lo contrario?

Lynn tembló visiblemente.

—¿Us… usted cree? —balbuceó.

—Posiblemente. ¿No oyó a los nativos aplaudir a rabiar? Lo que cantaba la señorita Ellis eran canciones sin trascendencia…

—Pero, sus trajes… esa vestimenta tan indecorosa…

—Las mujeres birmanas llevan habitualmente menos ropa y nadie se siente ofendido por ello, ni siquiera usted. ¿Qué se pensaba, que la señorita Ellis era una virtuosa del *strip-tease?*

Lynn se felicitó de que la oscuridad de la noche impidiera ver el enrojecimiento de sus facciones.

—Por favor —dijo con voz tensa.

—La dejo —exclamó él duramente—. Espero que esto la haya servido de lección y, en lo sucesivo, procure ser un poco más contemporizadora. No todos son tan fuertes como usted, ¿comprende? Hay que disculpar las debilidades ajenas y corregirlas, por supuesto, si es factible, pero haciéndolo con discreción y habilidad, nunca por la tremenda, como usted pretendió hacer.

Respiró un instante.

—Ojalá que lo sucedido le haya servido de lección. Siento los golpes que le propinó ese individuo, pero por un lado, se los tenía bien merecidos —y, bruscamente, concluyó—: Ahora procure dormir, que buena falta le hace. ¡Adiós!

Giró sobre sus talones y la dejó plantada, sin añadir una sola palabra.

De allí se encaminó a su cabaña. Se puso el pijama y, tras haber fumado un cigarrillo, apagó la luz.

Estuvo pensando durante largo rato en todo lo sucedido. Finalmente, se quedó dormido.

Varias horas más tarde le despertó un extraño sonido, algo así como el gemido de una persona en trance de muerte.

CAPÍTULO VII

Se sentó en el lecho de golpe, agarrando el revólver mientras escuchaba.

El gemido se repitió. Casi en el acto se oyó un golpe estremecedor y la persona cesó de quejarse.

Saltó de la cama, corriendo hacia la ventana, en uno de cuyos lados se situó, mirando hacia afuera. Una sombra se erguía en aquellos momentos.

Apuntó con el revólver, dispuesto a hacer fuego si era necesario. Entonces sonó una voz muy débil.

—¡*Tuan* Harris!

Estuvo a punto de caerse de espaldas a causa de la sorpresa recibida. ¡U Shi!

¿Qué hacía el birmano por allí y a semejantes horas?

U Shi se acercó a la ventana.

—Hola, *tuan* —saludó—. ¿Quiere bajar? Venga, le enseñaré una cosa.

—Aguarda un momento —dijo Harris.

Regresó al interior de la habitación, poniéndose los zapatos. En la mesita de noche tenía una lámpara eléctrica. Luego saltó por la ventana.

—¡Aquí, *tuan!* —indicó U Shi, con voz que no era apenas más que un susurro.

Harris encendió la antorcha, apuntando al suelo, a fin de evitar una mayor dispersión de los rayos luminosos. Todo su ser sufrió inmediatamente un fuerte choque.

Un cuerpo humano yacía a pocos pasos de la ventana. Era el de un nativo, cuya mano derecha se crispaba todavía en torno al mango de un puñal curvo. Bajo el cadáver se veía una oscura mancha que brillaba siniestramente a la luz de la lámpara.

Harris apagó la luz. Miró al nativo.

—Explícate. U Shi —dijo lacónicamente.

—Yo vigilo siempre la cabaña, *tuan* —contestó U Shi—. Este hombre quería matarle. Yo le maté. Eso es todo.

—Suficiente —murmuró Harris. Luego añadió—: ¿Le conoces?

—Sí, *tuan.* Se llamaba Bum Yan. Un mal hombre, se lo garantizo. ¿Por qué habrá querido matarle?

Harris se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá… ¿Le has registrado las ropas?

—Lo haré ahora mismo, *tuan.*

Unos momentos después, Harris oía el inconfundible crujido de unos billetes. Encendió la linterna unos segundos y pudo ver así un par de billetes de veinte dólares cada uno.

Hizo una mueca, ya en la oscuridad.

—Poco dinero es —comentó.

—Alguien le pagó para que lo matase, *tuan* —dijo U Shi.

—Por supuesto. Pero no se ha mostrado muy generoso que digamos —y empezó a pensar a quién interesaría su muerte.

—*Tuan* —murmuró U Shi—, tenemos que deshacernos del muerto.

—¿Qué sugieres tú que hagamos?

—El río guarda muchos secretos —contestó el nativo sibilinamente.

—Tienes razón —concordó el joven—. Vamos.

Entre los dos agarraron al muerto y se lo llevaron en silencio, sin darse cuenta de que unos ojos interesados contemplaban su acción.

U Shi lo guio hasta la orilla del río, más abajo del embarcadero. Al llegar a aquel punto, se metieron dentro del agua hasta el pecho. Luego soltaron el cadáver.

—Bueno —resopló el joven al terminar la faena—, un granuja menos. U Shi, toda la vida tendré que estar agradecido hacia ti.

—Yo aprecio mucho al *tuan.* Bum Yan era un granuja. No merecía vivir —contestó el nativo lacónicamente.

De regreso a su cabaña, Harris se aseó y cambió de ropa. Tendióse en el lecho y encendió un cigarrillo.

Estaba visto. Su muerte interesaba a alguien. En lo sucesivo, debería andar con cien ojos si no quería morir apuñalado o degollado a la vuelta de cualquier esquina. Y todavía faltaba una semana larga para que llegase la motora de Kweng. Hasta entonces, podían pasar tantas cosas…

A la mañana siguiente, después del desayuno, salió de su alojamiento. De nuevo hacía calor.

Callada durante la noche, la aldea había recobrado de nuevo su frenética actividad. Esquivó un puñado de chiquillos que corrían alocadamente y sorteó una carreta de bueyes pesadamente cargada. Se dio cuenta de que la actividad era mayor que de ordinario.

Entonces reparó que era día de mercado. Hacia el interior había numerosos poblados mucho más pequeños que la aldea, algunos compuestos solamente por dos o tres cabañas con una familia cada una. Los nativos del interior venían a ofrecer sus productos: desde arroz a cabras, pasando por las frutas tropicales y los objetos de barro mal cocido. En la aldea vendían su mercancía y compraban otras cosas que

les eran necesarias: sal, herramientas y telas, entre otras.

Había mucho color local. Con la chaqueta bajo el brazo y el sombrero negligentemente echado sobre la nuca, Harris contempló el espectáculo sumamente interesado.

De pronto, sonó una voz a su lado.

—Una escena típica, ¿eh?

Se volvió, saludando cortésmente mientras sonreía:

—Esto es lo que, vulgarmente suele llamarse color local, señorita Ellis. Conviene presenciarlo a fin de tener luego algo que contar a los amigos cuando se vuelva a la civilización.

Mary Ellis lanzó un profundo suspiro.

—Si vuelvo a esa civilización que usted acaba de nombrar, desde luego, tendré muchas cosas que contar a mis amigos —el gesto de amargura de su rostro no se borraba.

—Estos parajes son muy pintorescos —dijo él.

—Sí, pero me gustaría estar a diez mil millas de distancia —la joven se estremeció—. Nunca me imaginé que acabara viniendo a un lugar semejante, se lo aseguro, señor Harris.

—Bien, ¿y por qué no se vuelve? Usted no debe tener preocupaciones; vino en su propia lancha…

Ella lanzó una sarcástica carcajada.

—¡Mi propia lancha! No se burle, señor Harris. La alquilamos en Moulmein y en cuanto nos desembarcó aquí, su dueño salió de estampía río abajo. Ahora tendremos que esperar a la que hace el viaje regular y que creo tardará en llegar cuatro o cinco días todavía.

—Yo pondría tres más —murmuró Harris—. La cuenta saldría así mucho más exacta.

—¡Ocho días! —se estremeció Mary—. ¿Lo dice usted en serio?

—Jamás se me ocurriría bromear acerca de este asunto, señorita Ellis.

Mary soltó una imprecación:

—¡Cochinos!

—¡Eh! ¿Decía usted algo, señorita Ellis?

—No, no, nada que le interese, señor Harris.

Hubo una pausa de silencio entre los dos. Después, él dijo:

—Ya ha visto suficiente del ambiente típico. ¿Por qué no nos damos un paseo? Es decir, si no tiene usted inconveniente.

Mary se encogió de hombros.

—En realidad —declaró agriamente—, tanto de estar aquí como en cualquier otro lugar de esta maldita selva. ¿A dónde me lleva usted?

—A cualquier parte —respondió el joven, moviendo el brazo con amplio ademán.

Dejaron atrás el barullo y se internaron por la carretera abandonada. Unos momentos más tarde, Harris dijo:

—¿Sabe usted, señorita Ellis? Anoche me gustó usted mucho cantando.

Mary le miró de lado.

—Oiga, ¿está hablando en serio o tiene ganas de broma? ¿Es que no vio a los nativos?

—Bueno, ellos esperaban una bailarina y no una cantante.

—¡Demonios! Yo no soy bailarina, señor Harris. Sé que no canto del todo mal, aunque hasta ahora no he tenido mi oportunidad. Pero ¿qué querían esos bigardos? ¿Verme levantar las piernas y mover las caderas? Eso no lo sé hacer yo. Lo mío es cantar, señor Harris.

—Pues a mí me gustó bastante, se lo digo con toda franqueza.

—En cambio, a mí, lo que más me agradó, fue el numerito final. La intervención de la señorita Scott estuvo fenomenal.

Harris captó la indudable nota sarcástica que latía en las palabras de la joven.

—Debe usted disculparla. Su celo misionero la llevó a cometer tan reprobables excesos.

—Pues ya podía haberse ido a cometerlos en Rangún —barbotó la joven—. Claro que a mí, tal como se ha puesto la cosa, no es que me importe demasiado. Pero, de todas formas, se tuvo bien merecidas las dos bofetadas que le atizó Finn.

—En cierto modo, sí —concordó Harris—. A propósito, ¿cómo está la pareja?

—Bien —respondió ella desgarradamente—. A esos tipos no los mata ni una locomotora del ferrocarril.

—¿Qué dijeron después?

—Pestes, ¿qué quería que dijeran? Pero se aguantaron —Mary sonrió maliciosamente—. Por lo que respecta a mí, yo me divertí en grande. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto, la verdad.

Harris miró a la joven de soslayo.

—Parece que usted estaba bastante necesitada de reír un poco, ¿no?

El semblante de Mary se atirantó repentinamente.

—No diga estupideces, señor Harris. Yo me río cuando me parece, ¿se entera usted?

—Está bien, no se enoje. Fue solo una simple apreciación mía. No se lo tome a mal, se lo ruego.

—De acuerdo. ¿Tiene usted un cigarrillo? Yo me olvidé los míos en ese infecto cubil donde me alojo: ¡Qué ganas tengo de largarme de esta maldita aldea!

—Tenga paciencia. Usted es joven todavía y una semana pasa

pronto.

Mary encendió el cigarrillo mirándole a los ojos. Luego le echó el humo a la cara.

—Gracioso —fue todo lo que dijo.

Continuaron su camino, charlando de temas intrascendentes. Media hora más tarde, llegaron a las curvas de las rocas.

—Sentémonos aquí —dijo ella—. Si sigo caminando, acabaré por fundirme como una libra de mantequilla a pleno sol.

Ella buscó una roca adecuada. Harris se sentó en el suelo, casi a los pies de la joven. Los dos estaban frente a la lápida sepulcral.

—¿Quién hay enterrado ahí debajo? —preguntó Mary.

—Un oficial americano. Murió durante la guerra.

Mary se levantó, acercándose a la piedra sepulcral. Leyó la inscripción y regresó a su sitio.

—¿Era pariente suyo?

—Simple coincidencia de apellidos —contestó él, expulsando el humo de su cigarrillo.

—Sí. Harris es un apellido muy común —asintió Mary—. ¿Le mataron los japoneses?

—No. Aunque le parezca mentira, fueron sus propios compatriotas.

—¡Diablos! Esa sí que es una historia interesante. ¿Había alguna bella nativa de por medio?

Harris sacudió la cabeza.

—El motivo fue mucho más prosaico. Dinero.

—¿Dinero? ¿En la guerra?

—Era el pagador de su división. Los soldados le mataron para robarle trescientos mil dólares.

Mary lanzó un largo silbido.

—¡Vaya fortunón! Aquellos tipos debieron forrarse, ¿no?

Harris levantó los hombros.

—Dicen que luego escondieron el dinero, aunque no se sabe dónde, por supuesto.

—¿Y no lo han encontrado?

—No. En mi opinión, es lo más probable que vinieran después de la guerra y se lo llevaran.

—Pero la policía estaría luego al tanto, señor Harris. Trescientos mil dólares es una suma capaz de tener sobre alerta a toda la F.B.I. ¿Cómo se las arreglarían después para pasar ese montón de billetes?

—Tenga en cuenta que era dinero destinado al pago de las tropas y que, por lo tanto, estaba en billetes pequeños. Además, en la guerra, ¿quién diablos sospecha que un mayor pagador va a ser atracado y asesinado? Los números no fueron tomados… supongo.

Mary le miró con curiosidad.

—Está usted muy bien enterado de las cosas, señor Harris —dijo.

—Lo que he oído por la aldea estos días —respondió Harris ambiguamente.

—Pues es una noticia que no deja de tener su interés —comentó ella—. Si Finn y Roy lo supieran…

—¿Se refiere usted a esos dos tipos? —preguntó Harris, con el brazo extendido en dirección a la aldea.

Mary volvió la cabeza. Inmediatamente, una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

Los dos nombrados se acercaban a aquel lugar, caminando con aire intrascendente.

CAPÍTULO VIII

Harris se puso en pie, apoyando luego la espalda contra una roca. Mary quedó en el mismo sitio, adoptando una actitud de indiferencia.

—¿Habrá jaleo otra vez? —preguntó en voz baja.

—No, por lo que a mí respecta —contestó él en el mismo tono—. ¿Sabe usted? sus representantes son tipos de poca paciencia.

—Un poco impulsivos solamente —contestó ella con supremo sarcasmo y no dijo más, porque la pareja estaba ya a corta distancia.

Finn fue el primero en hablar.

—¿Qué haces aquí, Mary? —preguntó secamente, sin conceder una sola mirada a Harris.

—Ya ves —respondió la joven con mordaz acento—, contemplando el inexorable avance de la jungla.

El rostro de Finn se puso purpúreo.

—No tengo humor para bromas, Mary. Vuelve a la aldea inmediatamente.

—Escucha —dijo ella—, acepto tu autoridad en las cuestiones artísticas; para eso eres mi representante. Pero en lo demás —chasqueó sus dedos a cinco centímetros de la nariz de su oponente—, no te tolero la menor intervención, ¿te enteras? Estoy aquí y me iré cuando me dé la gana.

Harris fingió indiferencia, pero en realidad, no perdía de vista a los dos individuos, en especial al gordo, bajo cuya chaqueta se veía un abultamiento harto sospechoso.

—Además —siguió ella—, ¿qué clase de representante eres, Finn Charleth? Estos tipos querían una bailarina y tú les trajiste una cantante. ¿De dónde vas a sacar el dinero para pagarme? Porque si crees que voy a perdonarte mi ganancia, estás muy equivocado, amiguito.

—Eso es cuenta mía —farfulló el individuo de mal talante—. De todas formas, no temas; se te pagará lo convenido.

—¿Con qué dinero, Finn? —preguntó ella sarcásticamente—. Te quedó lo justo para los pasajes de vuelta. ¿De dónde vas a sacar lo que me corresponde?

—Repito que no debes preocuparte —gruñó el hombre—. Tendrás tu dinero, te lo aseguro. Y ahora, preciosa, ¿por qué no te largas y nos dejas solitos a los dos?

—A los tres, dirás. Tu orden no incluye al señor Harris y si este

quiere permanecer aquí, no lo vas a echar a patadas, ¿verdad?

Finn crispó los puños. De repente, dio media vuelta y echó a andar con rapidez, al mismo tiempo que decía:

—Está bien, puesto que no quieres marcharte tú, nos iremos nosotros.

El gordo se situó a su lado, caminando ridículamente sobre sus cortas piernecillas. Durante todo el tiempo, no había desplegado los labios.

Mary emitió un indignado resoplido.

—¡Imbécil! ¡Querer sacarme de aquí nada más que porque a ellos se les antoje!

—Ese Finn Charleth —dijo Harris pensativamente—, ¿es su representante artístico?

—Sí; y ojalá me hubiera roto antes una pierna que aceptarle en ese sentido —dijo Mary muy enojada—. Me prometió una jira por Extremo Oriente: Hong-Kong, Macao, Singapur, Rangún… y mire usted a dónde he venido a parar. A una aldea que no figura siquiera en los mapas.

—¿Y usted aceptó sin más? —preguntó Harris muy extrañado.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué quería que hiciera? —masculló—. Sola, sin un céntimo ni visos de tenerlo, no me quedó otra solución que aceptar los servicios de ese hijo de perra. Pero en cuanto salga de aquí va a representar a su venerable abuela. Deme otro cigarrillo —pidió abruptamente.

Guardaron silencio durante unos minutos. Después, ella tiró el pitillo y se puso en pie, alisándose la falda por las caderas.

—Vámonos —dijo con gesto brusco.

Regresaron a la aldea. Harris notó que en el interior de la joven latía una oculta tensión y se preguntó los motivos de la misma. Pero no quiso mostrarse indiscreto y prefirió guardar sus observaciones para sí mismo.

Al llegar a la aldea vieron una canoa amarrada al embarcadero. U Shi les salió al paso.

—Ha llegado otro *tuan* blanco —dijo.

—Vaya—. Mary exhaló una nerviosa carcajada—. No, si a última hora, esto va a parecer Broadway en Navidades.

—Una noticia muy interesante, U Shi —dijo Harris—. Gracias.

Mary se despidió.

—Me voy a mi choza —dijo—. Quiero cambiarme de ropa. Con este clima, una no hace otra cosa que ducharse y cambiar de indumentaria a cada momento.

Y se alejó, con su característico contoneo de caderas.

Harris estuvo contemplándola hasta que se perdió de vista. Entonces se dirigió a U Shi.

—¿Has visto tú al *tuan* blanco? —preguntó.

—Sí. Está en el cafetín de Ran Padang.

—Gracias. Vamos para allí. Creo que es ya hora de tomar una cerveza, ¿no?

U Shi le guiñó un ojo en señal de asentimiento.

Momentos después entraban en el cafetín. Harris se sentó en su mesa favorita, en tanto que U Shi se dirigía al mostrador.

Había un hombre blanco sentado en el extremo opuesto, bebiendo con indiferencia de una botella de vino de palma. Estaba medio vuelto de espaldas al joven y por el momento pareció no haber reparado en su entrada.

U Shi quedó junto al mostrador. Ran Padang llegó poco después con la acostumbrada cerveza.

El dueño del cafetín le miró con ansiedad. Los ligeros destrozos de la noche anterior habían sido reparados ya.

—¿Habrá función a la noche, Ran?

El gordo nativo se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Todo depende del *tuan* Charleth.

—¿Por qué? —quiso saber el joven.

—La función gustó mucho a la gente. Le he dicho que si la repiten, doblaré la suma concertada.

Harris enarcó las cejas.

—La pelea no era preparada, Ran —dijo severamente.

—Lo sé, *tuan* Harris. Por eso mismo doblo el dinero.

Harris frunció el ceño… Luego recordó la ridícula intervención de Lynn Scott y se echó a reír.

—Más que convencer al *tuan* Charleth, debieras tratar de conseguir la colaboración de la señorita Scott.

El semblante de Ran Padang se cubrió de pavor.

—No, no —dijo, y casi echó a correr, del pánico que le había asaltado súbitamente.

En aquel momento, Harris oyó ruido de sillas. Miró hacia el lugar donde se había producido el sonido y vio al recién llegado ponerse en pie, con una botella y un vaso en las manos.

El hombre se le acercó. Tenía unos treinta y cinco o cuarenta años de edad, pero parecía más viejo, a causa de los estragos que la disipación y el vicio habían causado en su rostro. Ojos enrojecidos, bolsas bajo los párpados y piel flácida y colgante en las mejillas y sotabarba, eran sus características fisonómicas más acusadas. La barba era de una semana al menos, con numerosos pelos blancos, y la ropa le

parecía flotar sobre un tórax que debía marcar claramente las costillas en estado de desnudez.

Se sentó frente a Harris.

—Me llamo Darrup, Clem Darrup —dijo, emitiendo por la boca una defensa tufarada de alcohol—. Extraño ver un hombre blanco en este rincón del mundo, ¿eh?

—Según —contestó Harris cautelosamente. Dio su nombre—. ¿Busca trabajo, Darrup?

Este se sirvió más vino. El cuello de la botella chocó varias veces contra el borde del vaso.

—Cuando un hombre busca trabajo, ¿busca dinero también? —dijo, entre dos hipidos. Estaba muy bebido y Harris se dijo que, con toda seguridad, se habría pasado el viaje tumbado en el fondo de la canoa, con una botella al lado. ¡Sí! —exclamó de pronto—. ¡Quizá sea una buena idea buscar trabajo aquí! Oiga, ¿cómo dijo que se llama?

—Harris —contestó el joven.

Darrup soltó un eructo.

—Estoy seguro de que aquí, en esta maldita aldea, hay un trabajo fácil para un hombre emprendedor. Sobre todo, si como yo, tiene experiencia en esa rama de la actividad humana —bebió su vaso de golpe y volvió a llenarlo—. ¿No sabe a qué me dedicaba yo antes?

—No, por supuesto.

Darrup bebió otro trago. Los ojos le brillaban ya peligrosamente.

—Era enterrador. Bueno, quise decir que estaba empleado en una empresa de pompas fúnebres —soltó una chirriante risita—. Aquí sería un buen negocio, ¿no cree? Trabajo mínimo y fácil ganancia. Todo lo que se necesitan son unos cuantos ataúdes, una pieza de tela negra y cien yardas de franja dorada. La gente acudiría como moscas a pedirme que los enterrase, ¿no cree, amigo Harris?

El joven sintió que se le contraía el estómago. Trató de sonreír.

—Es posible —concedió.

—Bu… bueno, tendré que estudiarlo. Oiga, usted que lleva más tiempo aquí, sabrá sin duda dónde podría encargar yo la tela negra y las borduras de oro.

—En Moulmein, seguramente. Tal vez en Rangún. Pero no creo que los birmanos se preocupen demasiado del lujo exterior de sus deudos fallecidos. Generalmente, se contentan con envolverlos en una sábana y…

Darrup movió una mano con gesto desdeñoso.

—¡Bah! Eso es porque no me han visto a mí en acción. En cuanto entierre a uno de ellos decorosamente, verá usted cómo empiezo a prosperar. Pondré una gran muestra en mi tienda: “Compañía de

Pompas Fúnebres del Nordeste de Birmania" —volvió a reír—. Hasta los chinos del otro lado del telón de bambú vendrán a contratar mis "servicios profesionales". ¿Usted no, señor Harris?

El joven sintió que se le revolvía el estómago. Apuró su cerveza y se puso en pie.

—Celebraré mucho que se produzca pronto una epidemia de cólera que favorezca sus planes —dijo irónicamente—. Adiós, señor Darrup.

—Adiós, Harris —contestó el beodo, moviendo la mano con gesto indiferente.

Harris se dirigió a su alojamiento. Duchóse y luego se puso ropa limpia. Después comió, tras de lo cual se tendió en el lecho para dormir la siesta un rato.

Cuando se despertó, el sol caía con rapidez hacia el oeste. Harris se sorprendió de lo mucho que había dormido. Otra ducha le dejó despejado y a continuación tomó un par de tazas de café que le había preparado el servicial U Shi.

—El nuevo *tuan* está borracho perdido —dijo U Shi.

—¿De veras? —murmuró Harris con indiferencia.

—Sí. Organizó un gran escándalo en casa de Ran Padang. Se enfadó porque no querían servirle más vino y hubiera causado algún desastre de no ser porque apareció el *tuan* Charleth.

—Eso es interesante —comentó el joven—. ¿Y qué pasó?

—El *tuan* Charleth le pegó un golpe en la barbilla y lo atontó. Ahora está durmiendo en un cuarto de la casa de Ran Padang.

—Vaya —murmuró Harris—. A este paso, va a tener que enterrarse él a sí mismo.

—¿Decía algo, *tuan?*

Harris sacudió la cabeza.

—No, U Shi. Hablaba solo. El café estaba muy bueno. Gracias.

Y salió.

Pronto anochecería. Las mujeres regresaban de su baño cotidiano en el río. Algunos jóvenes nativos perseguían a las muchachas y con tal motivo la algarabía era grande. Harris sonrió; la juventud se portaba igual en todas partes del mundo.

No tenía ganas de cenar. El calor lo aplanaba. Fue a su refugio favorito y tomó una mesa, haciéndose servir una cerveza. Ya había algunos nativos esperando la hora de la función.

El cafetín se llenó totalmente. Los ventiladores giraban continuamente, pero resultaban impotentes para disipar el olor a humanidad y a grasa, aquella grasa tan cara a los nativos y con la cual se untaban la cabeza con singular prodigalidad. Era preciso tener el estómago bien asentado para poder soportar el hedor, pero Harris se

había visto en otras peores.

Aquella noche, naturalmente, no hubo peleas. La actuación de Mary transcurrió en medio de un silencio glacial. Al terminar la cuarta canción, Ran Padang salió al escenario y anunció que se suspendía la función por indisposición de la estrella.

Un coro de prolongados “¡búuuussss…!” acogió las palabras del dueño del cafetín. Ran Padang parecía próximo a echarse a llorar. Dio media vuelta y echó a correr agitando su temblequeante humanidad.

Harris pagó su consumición y encendió un cigarrillo. Luego salió del cafetín. Hacía calor afuera, pero, en comparación con la atmósfera del local, tenía la sensación de hallarse en una cumbre de los Alpes.

Esperó un minuto o dos hasta que el defraudado gentío se hubo disipado en buena parte. Luego, girando hacia su izquierda, empezó a caminar rápidamente, en dirección opuesta a su alojamiento.

CAPÍTULO IX

Escondido tras unas rocas, Harris aguardó durante largo rato. Tenía ganas de fumar, pero se contuvo; por experiencia sabía que la brasa de un cigarrillo, podía divisarse en una noche tranquila a gran distancia.

Dieron las doce y la una y las dos. Harris empezó a pensar que sus presentimientos estaban equivocados. Bueno, se dijo, lo mismo daba esperar allí que en otro sitio. Lo que sí estaba seguro que en su cabaña se hubiera pasado el rato dando vueltas en la cama.

La visibilidad no era mala del todo; la luna estaba en menguante. La proximidad de la selva, sin embargo, causaba muchas ilusiones ópticas, con sus sombras cambiantes a cada momento, más por fatiga visual que por el movimiento de los árboles, ya que apenas soplaba viento.

A las dos y media, Harris oyó ruido de pasos. Pronto divisó dos siluetas destacando en la cinta gris del camino. Reconoció a los individuos al instante: sus siluetas eran inconfundibles.

Finn y Roy llegaron bien pronto al lugar. Finn llevaba al hombro un pico y una pala.

Parecían bastante nerviosos.

—¿Crees que nos habrán visto? —dijo el gordo, aprensivamente.

—¡Bah! Todo el mundo duerme a estas horas —rio con fuerza—. Sobre todo, los hombres. Esa Mary es un narcótico para ellos. Ya se dormían en el cafetín, conque…

Dejó caer las herramientas. La pala chocó contra una piedra y su retiñir sonó claramente. El gordo pegó un respingo.

—¡Jesús! Finn, ten cuidado o mi corazón saltará en pedazos un día de estos.

—Cierra el pico, estúpido —gruñó Charleth—. Tú no tienes corazón, sino una bola de sebo en su lugar. Vamos, agarra el pico.

—Esto no me gusta, Finn —dijo Ray Hatton en tono plañidero—. Las tumbas son sagradas.

—Déjate de memeces. Ahí debajo hay un rico botín. Trescientos mil dólares. ¿No lo sabes?

—Sí, pero… se lo habrán llevado ya… Estamos perdiendo el tiempo, y a mí los muertos siempre me han dado mucho respeto.

—Cava, imbécil. Los muertos no hacen nunca daño a nadie… como no sea a los gusanos —Charleth rio estridentemente su propia gracia.

Con gestos llenos de torpeza, Hatton se quitó la chaqueta, dejándola

apoyada sobre una roca cercana. Luego agarró el pico y lo levantó en alto, dejándolo caer sobre el suelo.

Hatton parecía muy seguro de sí mismo, porque con toda tranquilidad, sacó un cigarrillo y le prendió fuego, mientras su compinche sudaba la gota gorda, manejando la herramienta.

Hatton cavó durante unos minutos. Luego dejó el pico a un lado y agarró la pala.

—Ya podías echarme una mano —se quejó.

—Trabaja, inútil —rio Charleth—. Te conviene rebajar un poco de cintura, ¿sabes? Estás muy gordo, Ray, y no hay cosa como el ejercicio para…

Harris dejó de prestar atención a la conversación que se producía a una docena escasa de pasos de distancia. Acababa de oír un ruidito a sus espaldas.

Quiso volverse, pero ya era tarde. Algo le golpeó con fuerza en la nuca y cayó de bruces.

Despertó mucho más tarde, sintiendo un intenso dolor de cabeza. La luz del día entró a través de sus párpados cerrados e, instintivamente, se puso un brazo sobre los ojos.

Entonces oyó una voz que le llamaba ansiosamente.

—¡Harris, Harris!

Lanzó un gruñido. La llamada le había hecho el mismo efecto de un dardo de fuego atravesándole el cerebro.

—Harris —repitió la voz.

—¡Eli! ¿Quién es?

—Yo, Mary Ellis. Despierte, por favor.

Haciendo un esfuerzo, el joven pudo abrir a medias los ojos. Mary estaba arrodillaba a su lado, tratando de volverle a la normalidad.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Harris torpemente.

—Despierte. Luego se lo diré.

—Despertar, despertar… —refunfuñó él—. ¿Cree que es fácil después de que me han pegado con el tronco de una palmera en el cogote?

Se sentó en el suelo. La selva giró vertiginosamente en torno suyo. Al cabo de un momento, consiguió enfocar correctamente sus pupilas.

Miró a la joven Ella le contemplaba ansiosamente.

—¿Qué hacía usted aquí, Harris? —inquirió.

—Paseaba —respondió él ambiguamente—. Alguien me asaltó, golpeándome en la nuca antes de que me diera cuenta de su presencia. Y no sé más.

—¿Está seguro?

Harris emitió un sonoro resoplido.

—Diablos, ¿por qué no iba a estarlo? Anoche no me tomé más que un par de cervezas.

Ella le contempló con suspicacia no disimulada.

—Dígame, Harris —preguntó—, ¿qué hacía usted aquí anoche?

—Me niego a contestar. Aun a riesgo de incurrir en su enojo, le diré que este es un asunto de mi estricta incumbencia.

Mary sonrió extrañamente.

—¿Usted cree?

—¡Condenación! ¿Quiere hablar claro de una vez, señorita Ellis?

—Si me llamase Mary, simplificaríamos mucho las cosas. ¿Podrá incorporarse?

—Ayúdeme y veremos lo que pasa.

Ella se puso en pie y adargó ambas manos. Harris logró incorporarse. De pronto vaciló.

Hubiera caído al suelo a no ser porque abrió los brazos y se agarró a Mary con todas sus fuerzas. Ella protestó.

—Eh, oiga, no sea usted aprovechado. Suélteme, ¿quiere?

El joven inspiró un par de veces. Luego consiguió estabilizar sus piernas.

—Rayos —mascullló—. El fulano que me golpeó, lo hizo a conciencia —se tocó la nuca y exhaló un gemido al oprimir el bulto que tenía en aquella zona de su cráneo.

—¿Puede caminar? —preguntó Mary.

—Sí, claro.

—Entonces, venga conmigo.

En el primer momento, Harris creyó que ella le conduciría al camino. Pero la joven tomó una dirección diametralmente opuesta, adentrándose en la selva.

Unos minutos después, Mary, se detuvo ante lo que parecía ser un montón de hojarasca. Harris la miró.

—Quite las ramas —dijo ella.

Harris obedeció. Inmediatamente dio un salto hacia atrás.

Había allí un cuerpo humano tendido de bruces en el suelo. Estaba muerto, era evidente.

Reconoció al muerto, pese a que tenía la cabeza tan horriblemente destrozada que sus facciones habían desaparecido por completo. Alguien le había golpeado con una piedra hasta machacarle literalmente el cráneo, saltaba a la vista.

Unas cuantas moscas, gordas, negras, zumbaron ruidosamente en torno al cadáver, un gusano blancuzco rentó lentamente por una de sus piernas.

Harris dejó caer las ramas, cubriendo de nuevo el cadáver de Ran

Padang.

—¿Lo ha descubierto usted? —preguntó.

Mary tenía la cara tan blanca como el mármol.

—Sí —dijo.

—¿Cómo? Explíquese.

—Te… tenía ganas de dar un paseo. Me adentré en la jungla y… bueno, de repente vi asomar un pie por debajo de unas hojas. Eché a correr para avisar a la aldea, después de haber descubierto el cadáver, pero de pronto lo encontré a usted tendido en el suelo. En el primer momento pensé que también estaba muerto. Luego me di cuenta de que respiraba y… —aspiró aire dos o tres veces con gestos convulsivos —. Vámonos de aquí, se lo ruego.

Ahora era ella la que necesitaba apoyo. Se agarró al brazo de Harris con mano crispada. Caminaron hacia la carretera.

—¿Por qué habrán asesinado a Ran Padang? —preguntó al cabo de unos momentos.

—No lo sé —respondió él.

Harris tenía mucho en qué pensar. Recordó el tono reticente de Ran Padang cuando le preguntó sobre el mayor Harris. A mayor abundamiento, el birmano había admitido ser guía de los contraguerrilleros. ¿Qué papel había desempeñado en la muerte del pagador americano? ¿Qué sabía él del asunto?

Fuera como fuera, ya no podría contarlo a nadie. Y quizá por ello mismo lo habían asesinado, precisamente para que no se fuera de la lengua.

¿O quizá porque podía resultar un estorbo?

¿Estorbar, a quién?

Charleth y Hatton habían estado cavando en la tumba del mayor Harris. ¿Había estado espiándoles Ran Padang y por eso le habían asesinado?

Pero, entonces, ¿quién le había golpeado a él? ¿Quién era la misteriosa persona que le había atacado por la espalda?

—Le hice una pregunta, Harris.

El joven se sobresaltó.

—¡Eh! Dispénseme, Mary. Estaba distraído… No, no sé nada. El crimen debió ocurrir cuando yo estaba inconsciente.

—¿Cree que también intentaron asesinarle a usted? —preguntó ella.

—Es posible, aunque no podría asegurarlo —contestó Harris, tocándose de nuevo el voluminoso chichón que le había crecido en la nuca.

Llegaron a la carretera, saliendo entre dos grupos de rocas, casi frente a la tumba del mayor Harris. Con enorme sorpresa, el joven

comprobó que todo estaba igual que la última vez que estuviera allí, sin que se viera el menor rastro de excavación alguna.

CAPÍTULO X

Hacía calor.

Los cantos funerales se elevaban en la caliginosa quietud de la atmósfera, lentos unas veces, rápidos otras pero monótonos siempre. Era el único sonido que se escuchaba, por encima de los agudos gemidos de las plañideras.

Harris bebió un trago de su cerveza. Al otro lado del local, en torno a una mesa, estaban Mary, Charleth y Hatton. Los tres consumían melancólicamente sus cervezas respectivas.

Un poco más cerca, a mitad de camino, Darrup bebía constantemente de su botella de vino de palma. Tenía las ropas más sucias que el día anterior y no se había afeitado. Harris estaba seguro de que ni siquiera se había bañado. Pero seguía bebiendo.

Era ya de noche. En las esquinas se veían algunos faroles hechos a base de un cuenco con una torcida y aceite de palma. La palma, pensó Harris, servía para todo. Lo mismo proporcionaba alcohol, que aceite que tejado para las casas o esteras para dormir, o faldas para las mujeres. Incluso se podían hacer grandes cestas como la que ahora ocupaba Ran Padang. Y, macabramente, se preguntó por qué Darrup no se ocupaba de enterrar al difunto.

La tensión era evidente. Se percibía, se palpaba; era una cosa irreal, pero tangible al mismo tiempo. Harris tenía la sensación de que en cualquier momento podía producirse el estallido.

Y los cantos funerales proseguían en la noche. Cuando se atenuaba su volumen sonoro, entonces brotaban, pujantes y atronadores, los llantos de las mujeres.

¿Quién había matado a Ran Padang?

¿Por qué?

El muerto sabía algo del dinero desaparecido. Pero, ¿dónde estaba el dinero?

Los asesinos del mayor Harris lo habían escondido decía la voz popular.

¿Dónde?

Habían pasado ya doce años desde el final de la guerra. Era imposible que los asesinos no se lo hubieran llevado en todo aquel tiempo.

Claro que lo habían escondido. Trescientos mil dólares en billetes pequeños eran algo que debía ocupar una buena maleta y pesar más de

treinta kilos. Trescientos mil dólares en billetes de a mil, hubieran sido trescientos billetes, algo así como tres libros gruesos, pero nada más. En cambio, en billetes de uno, cinco, diez y veinte dólares…

Harris se estremeció al pensar en la masa de papel que representaba aquella fortuna.

Una fortuna.

¿Para quién?

Un vaso cayó al suelo, rompiéndose con estruendo. Darrup soltó un reniego.

—Chico, otro vaso —pidió.

U Shi substituía provisionalmente a Ran Padang, hasta que su viuda nombrase un sucesor o vendiese el cafetín. Llevó el vaso a la mesa de Darrup, retirándose medrosamente.

De pronto, se oyó un fuerte ruido de pasos en el exterior, una persona irrumpió súbitamente en el cafetín.

Las seis personas que había allí, miraron unánimemente a la recién llegada que no era otra que Lynn Scott.

La joven paseó su indignada mirada por el interior del cafetín.

—Óiganme todos —dijo con voz vibrante—. Anoche se cometió un crimen repugnante en la aldea. Nada de esto había sucedido hasta ahora. ¿Saben lo que quiere significar el hecho?

Hizo una pausa.

—El pecado ha venido con ustedes. Márchense, márchense antes de que muera más gente. El ángel negro ha tendido sus alas sobre esta pacífica población y no las recogerá hasta que se hayan ido todos ustedes. Ran Padang podría estar vivo si no se le hubiera ocurrido contratar a esa mujer, cuyo calificativo me abstengo de expresar en voz alta para no manchar mis labios. Esa mujer, usted, usted… —señaló a todos los presentes con el dedo índice— y usted —terminó con Harris—, todos, todos deben marcharse inmediatamente de la aldea. Ha habido una muerte, es suficiente. Váyanse antes de que ocurran más como secuela obligada de su diabólico influjo.

Harris se quedó estupefacto ante la increíble demostración de Lynn Scott, sobre todo, después de la filípica que él la administrara dos días antes. ¿Otra vez a las andadas? Estaba histérica perdida, no cabía la menor duda.

El borracho se quedó con la boca abierta, en un gesto estúpido, incapaz de reaccionar. U Shi se acurrucó en un rincón, temeroso de que la joven descargase su cólera sobre él.

Charleth se incorporó y fue a decir algo, pero se dio cuenta de la presencia de Harris y se sentó, mirándolo de reojo. Hatton boqueaba agónicamente.

Fue Mary Ellis la que dio cumplida respuesta a las palabras de la maestra.

Poniéndose en pie, caminó hacia ella y se detuvo a dos pasos de distancia, apoyando una mano en la cadera.

—De modo que el pecado ha venido con nosotros, ¿eh? —dijo lentamente—. Y si nos vamos, esta aldea volverá a llenarse de ángeles.

—Exactamente —dijo Lynn Scott con ojos llenos de furia.

—Oiga, preciosa —exclamó Mary—. Usted me ha estado insultando con palabras que no las hubiera pronunciado siquiera un piloto de aviación con el radar estropeado y niebla sobre el campo de aterrizaje. Si yo fuera una de esas fulanas que dice, ya la habría agarrado por los pelos y le habría dado unos cuantos meneos que la hubieran dejado sin ganas de meterse con la gente.

“Muy bien, admitamos, que no es cierto, que sea una mujer de esas… con cuyo apelativo teme usted mancharse los labios. Pero, ¿qué rayos sabe usted de la vida? ¿Qué inflemos sabe usted de pasar hambre y necesidad, de mendigar un empleo, de tener que sonreír cuando se siente deseos de clavar los dientes en una yugular, de decir sí, sí y cien veces sí, cuando una debería mandar al diablo a su interlocutor?

“Usted es una mujer que no ha pasado una necesidad en la vida, señorita Scott. Aunque le parezca mentira, conozco a las individuas de su calaña. Puritanas, intransigentes, no toleran que nadie Se desvíe de su camino recto porque ellas no se desvían, porque no se han visto obligadas a ello. Usted ha tenido cubiertas sus necesidades desde que abrió los ojos por primera vez, no se ha visto echada a patadas de casa a los doce años, no ha visto jamás pelearse a un padre y a una madre borrachos, no ha visto…

Mary se interrumpió. Jadeaba espasmódicamente y su amplio busto subía y bajaba con rapidez. Miró a Lynn con infinito desprecio.

—Usted, viene a dar lecciones de moral, sin saber siquiera qué es el pecado o la debilidad ajenas. En lugar de meterse con nuestras vidas, valdría más que examinara la suya y se preguntara si ha hecho algo de utilidad, fuera de limpiar las narices a cuatro críos llenos de suciedad y miseria —la miró de arriba abajo—. Las mujeres como usted me dan asco, señorita Scott, asco, ¿me oye? Y ahora, lárguese con viento fresco y no venga acusándonos de algo que no hemos hecho ni se nos ha ocurrido tan siquiera.

Lynn Scott estaba que no sabía qué contestar. Interiormente, Harris se divertía en grande, aunque algunas de las frases de Mary eran, evidentemente, exageradas, en el fondo tenía mucha razón. Lynn Scott era de las que detestaban el pecado porque no lo conocían ya que nunca habían pecado, y no comprendían que los demás no fueran tan fuertes

como ella Lástima, se dijo, que una mujer tan hermosa fuera al mismo tiempo tan intransigente.

De pronto, Darrup se levantó. Llevaba la botella en una mano y el vaso en la otra. Caminó hacia Lynn tambaleándose.

—Anda, guapa —dijo con voz tartajosa—, vamos a beber… Vamos, a echar un traguito tú y yo, ¿eh? A la salud de Ran Padang… Un buen chico, indudablemente. Lástima que no me hayan dejado enterrarle a mi gusto… Hubiera sido un gran día. Anda, vamos a beber. Vamos, hermosa.

Lynn Scott miró al hombre con pupilas horrorizadas. Retrocedió un paso, con el rostro sin color.

—Vamos, bebe —Darrup alargó la mano con el vaso, del que continuamente caían gotas al suelo.

Lynn retrocedió otro paso. Entonces intervino Mary.

Golpeó la mano del borracho, lanzando el vaso casi al otro lado del cafetín.

—¡Maldito estúpido! ¡Váyase al diablo con su vino! ¿Es que no sabe distinguir a las personas? ¡Fuera, borracho!

Darrup retrocedió amedrentado. Sentóse en su sitio y aplicó los labios al gollete de la botella, bebiendo ruidosamente.

Mary se dirigió a la maestra, con tono más suave.

—Váyase, señorita Scott —dijo—. Este no es sitio para usted. Vuelva a su alojamiento y… bueno, dentro de siete días nos habremos ido todos. Disculpe las palabras que pronuncié antes, pero, rayos, es que usted me puso muy nerviosa. Váyase, se lo ruego.

Lynn volvió los ojos hacia el joven, como pidiéndole consejo. Harris se mantuvo impasible.

Entonces, Lynn dio media vuelta y salió del cafetín a todo correr. Los cantos funerales se oyeron de nuevo.

—Diablos —masculló Charleth—. Esa imbécil nos ha estropeado la velada.

—¡Cállate, animal! —dijo Mary. Estaba muy sofocada y tenía la vista fija en su vaso—. Tenía razón, ¿sabes?

—¿Qué estás diciendo? ¿Vas a hacer caso de una individua tan chiflada como esa?

Mary se puso en pie de un salto. Sujetaba el vaso con mano convulsa. Apuró el último trago y tiró el vaso contra la pared próxima.

—Tenía razón, sí —repitió con acento lleno de desesperación—. Hemos traído la muerte y la perturbación a esta aldea.

Y, de repente, dando media vuelta, corrió hacia la salida, con los hombros agitados por un espasmódico llanto.

Charleth miró a Harris, haciendo una mueca que quería parecer una

sonrisa.

—Las mujeres —comentó.

CAPÍTULO XI

Ton Wee era un individuo menudo, de aspecto tímido, cuya principal característica fisonómica era la aureola de cabellos blancos en torno a un cráneo brillante como una bola de billar. Su mirada era inconstante, huidiza, temerosa.

Era el jefe de la aldea y se sentía incómodo en presencia de Harris.

El joven le entregó un cigarrillo. Ton Wee aspiró el humo a grandes bocanadas.

—¿Qué quiere el *tuan* Harris de mí? —preguntó con voz poco segura.

—Hablar del pobre Ran Padang.

—Ran Padang… No sabemos quién lo asesinó, *tuan* Harris.

—De acuerdo. Pero cuando queremos saber una cosa, hacemos preguntas y preguntas hasta que la averiguamos, ¿no es así?

—Cierto, cierto. Sin embargo, yo sé muy poco del asunto.

—Hola —dijo Harris—. Saber poco es más que no saber nada, Ton Wee. Cuéntame lo que sabes, anda.

Ton Wee miró a derecha e izquierda, como si quisiera asegurarse de que no le oía nadie. Luego, en tono sibilino, dijo:

—Ran Padang murió asesinado a causa del mayor Harris.

—Entonces, el robo del dinero es cierto, Ton Wee. ¿Estabas tú en la aldea cuando se cometió?

—Sí. Los soldados registraron mucho, pero no encontraron nada.

—Y, ¿se sabe quién lo mató?

—Ran Padang sí lo sabía.

—¿Te lo dijo a ti?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes tú que Ran Padang conocía el nombre del asesino del mayor Harris?

Ton Wee se lamió el labio superior.

—Ran Padang decía siempre que el asesino volvería un día y que entonces él sabría dónde estaba escondido el dinero. Pero nunca quiso decir el nombre.

Harris se frotó pensativamente la mandíbula.

—Personalmente, ¿tú lo crees, Ton Wee?

—Sí, porque desde que se marcharon los americanos, no había venido ningún *tuan* por la aldea.

—Y ahora, de repente, aparecemos cuatro y una mujer blanca.

—Sí.

—Lo cual significa que todos van en busca del dinero.

Ton Wee miró al joven maliciosamente.

—¿Usted no, *tuan* Harris?

—Pregunta sin respuesta —sonrió el joven—. ¿Tienes tú alguna idea sobre el particular?

El jefe de la aldea se quedó pensativo de pronto.

—Aguarde un momento, *tuan* Harris —dijo. Levantóse de la estera donde había estado sentado hasta aquel momento y salió de la estancia.

Regresó un poco después con una viejísima cartera portafolios, que puso en manos del joven.

Harris lo miró muy extrañado.

—¿Qué es eso, Ton Wee? —preguntó.

—Hace muchísimos años que lo tengo. Se lo dejó un americano que vivía en mi casa, aquí mismo. Cuando se dio cuenta de que se lo había olvidado, envió a por ella, pero en el intervalo un tifón había asolado la aldea. No la pudimos encontrar y creímos que el viento se la habría arrastrado a la selva. Apareció mucho después, cuando hicimos el descombro. Yo había perdido sus señas… y vi que eran papeles. Por eso no me esforcé demasiado en devolvérsela. Sus escribientes sacaban siempre muchas copias de lo que les mandaba escribir.

—Bien —dijo Harris—, pero no sé por qué me das a mí esta cartera. ¿Qué tiene que ver con la muerte de Ran Padang?

—Oh, sí, ya lo creo. Era del *hombre-que-acusa.*

Harris frunció el ceño.

—¿El *hombre-que-acusa?* —repitió.

—Sí. Yo no sé cómo se dice esa palabra en vuestro idioma —respondió Ton Wee.

—El *hombre-que-acusa* —murmuró Harris. Y de repente se pegó una palmada en la frente—. Bruto de mí. ¡El fiscal!

Los ojos de Ton Wee centellearon.

—¡El fiscal, sí!

Las manos del joven se crisparon sobre la vieja cartera de cuero. Sin haber visto el contenido, sabía en qué consistía este: eran los documentos del procesado por la muerte del mayor Harris.

—Quizá eso te ayude —dijo Ton Wee.

—Posiblemente —concordó Harris—. Ton Wee, si hay aquí lo que yo me supongo, entonces puedes estar seguro de que me has hecho un grandísimo favor.

El jefe de la aldea cruzó las manos sobre el pecho e hizo una profunda reverencia.

—Solo deseo que castiguen al asesino de Ran Padang, *tuan* Harris.

—Trataré de complacerte, Ton Wee —aseguró el joven con toda solemnidad.

Púsose en pie, y después de otra reverencia, salió de la cabaña.

Después del entierro de Ran Padang, la vida en la aldea había recobrado su normalidad. Las mujeres trabajando en sus casas y los hombres en los campos de labor. Y el sol, en lo alto, derramando ríos de plomo fundido.

Se dirigió a su cabaña, sujetando con fuerza el asa de la cartera. Estaba impaciente por examinar las actas del proceso, pues ni por un solo momento había dudado que tal era el contenido de la valija.

Tan apresurado marchaba, tan sumido en sus propios pensamientos que no se dio cuenta de que cruzaba frente a Mary Ellis hasta que la joven pronunció su nombre:

—¡Harris!

Levantó la cabeza, vivamente sorprendido. Esbozó una sonrisa.

—Hola, Mary.

Estaba apoyada en uno de los postes de la veranda, en una actitud típica de ella: los brazos cruzados sobre el pecho, saliente una de las caderas y un cigarrillo colgado de la comisura de los labios.

—Acérquese, Harris —dijo ella, haciendo bailotear el cigarrillo al hablar—. ¿O me tiene miedo?

—En todo caso, de sus domadores —respondió el joven maliciosamente.

Un relámpago de ira brilló en los ojos de la joven. Se quitó el pitillo de los labios y lo tiró al suelo.

—No son mis domadores y, además, no debe tenerles miedo. Les zurró a los dos, ¿ya no se acuerda?

—Sí —contestó él, subiendo dos escalones, de modo que su rostro quedó a un nivel ligeramente inferior del de la joven. Pero eso pasó ya. ¿Cómo se encuentra?

—Esta noche actuamos de nuevo en el cafetín.

—¿Actuamos? —dijo él, extrañado.

—Sí. Hatton maneja el magnetofón y yo canto. Charleth es el director de escena. ¿Qué le parece?

—A mí, muy bien. Verla y oírla cantar, es siempre un regalo para los sentidos, se lo digo de veras.

—Muy amable. Me ha gustado mucho ese elogio.

—Pero, ¿quién va a dirigir el cafetín?

—La viuda de Ran Padang, ayudada por un par de nativos de toda confianza —contestó ella—. Por lo visto, quiere correr con el riesgo de arruinarse.

Y Mary exhaló una sarcástica carcajada.

—¿Quién sabe? —dijo él—. A última hora, puede que acabe gustándoles.

—Bah, eso me importa un rábano. Lo interesante es que de este modo distraigo unas cuantas horas. Esta aldea es mortalmente aburrida, Harris. A propósito, ¿cuál es su nombre? Me disgusta llamarle por el apellido.

—Chester.

—No está mal. Oiga, ¿qué lleva en esa cartera?

—Piedras.

Mary respingó.

—¿Trata de burlarse de mí? —dijo secamente—. Más parece que sean documentos, ¿no?

Harris sonrió enigmáticamente.

—En efecto. Documentos que acaso puedan convertirse en piedras… para el cuello de alguno.

—No hable en charadas —rezongó ella—. Llame a las cosas por su nombre, Chester.

—¿Qué le sucede a un tipo cuando le atan una piedra al cuello, Mary?

Ella se estremeció.

—Suficiente —murmuró—. ¿Quién es el tipo?

Harris levantó los hombros.

—No lo sé todavía, Mary. Bien, iré a la noche a ver su actuación. Dedíqueme una melodía, ¿querrá?

—Sí. Una muy especial para usted, Chester.

—¿Cuál? —preguntó él, muy interesado.

—Hay silencios que matan.

Harris hizo un gesto de extrañeza.

—Nunca la he oído, Mary.

—La estrenaré esta noche para usted, Chester.

Se miraron en silencio durante unos momentos. Luego, él, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Hasta la noche, Mary.

—Adiós, Chester.

El joven se encaminó con paso rápido hacia su alojamiento. Pensó unos momentos en la cantante, pero luego, los documentos contenidos en la cartera, borraron de su mente cualquier otra preocupación.

Llegó a su dormitorio y arrojó la cartera sobre la cama. Quitóse la chaqueta y la camisa, quedando solamente con una camiseta de manga corta. Se descalzó, tras de lo cual se tendió a medias en el lecho.

Abrió la cartera. Para ello tuvo que forzar la cerradura, ya que la llave, lógicamente, debía habérsela llevado el fiscal de la división doce

años antes. Pero el cuero estaba medio podrido y cedió rápida, y fácilmente.

Sacó un grueso legajo de papeles oficiales. Al instante reconoció la clásica apariencia de un proceso militar. Empezó a leer, devorando la escritura.

Al llegar la noche, encendió la lámpara. El suelo estaba lleno de colillas y sentía una sed horrible, pero, al mismo tiempo, se sentía tan fascinado por la lectura, que no quiso moverse de allí para no interrumpirse un solo momento.

U Shi entró, anunciándole la cena. Harris lo despachó con un seco gruñido.

Eran ya las nueve y media de la noche cuando dio cima a su lectura, con un párrafo en el cual se resumía el veredicto del tribunal militar.

> "...Y, en consecuencia, fallamos la absolución de los inculpados, sargento mayor Gilbert Clancy, cabo primero, Finn Charleth y soldados de segunda clase, Raymond Hatton, Clem Darrup y Joshua Ellis, declarándoles libres y limpios de toda sospecha en cuanto concierne a la muerte del mayor William Tecumseh Harris. El tribunal se permite recomendar a la superioridad se realicen las pertinentes indagaciones para encontrar los fondos de que era custodio el citado oficial y su restitución al Tesoro..."

¡Gilbert Clancy! ¿Quién era este individuo? se preguntó el joven. No figuraba entre los que se habían reunido en la aldea al cabo de doce años de ocurrido el suceso. ¿Y Joshua Ellis? ¿Qué clase de parentesco le unía con Mary?

Encendió el enésimo cigarrillo. Tenía la boca como estopa, pero apenas se fijó en ello. Toda su atención estaba centrada en el nombre de Clancy.

Las cosas se veían ahora un poco más claras. El tribunal había absuelto a los inculpados por falta de pruebas. Pero era seguro que habían reunido de nuevo Y al cabo de los tiempos, se habían reunido de nuevo para rescatar el dinero. ¿Quién se iba a acordar, después de tantos años, de un suceso semejante, perdido en la vorágine de los últimos meses de guerra?

Era lógico que los asesinos quisieran disfrutar del botín de su crimen. Y, entre ellos, Mary Ellis, como "heredera" de uno de los criminales. Sí, era cantante, pero su arte no había sido más que un pretexto para llegar hasta allí. Lo mismo que su postura de descontento. Tenía que disimular. Estaba visto.

Tiró el cigarrillo a través de la ventana con gesto de hastío. Mary Ellis, una más de la banda. Trescientos mil dólares entre cuatro, a setenta y cinco mil cada uno.

No, a sesenta mil por barba, ya que habían sido cinco. Pero, ¿quién era el quinto? ¿Dónde estaba el sargento mayor Gilbert Clancy?

De pronto, se dio cuenta de que iban a dar las diez de la noche. Tenía hambre y, además, el espectáculo debía estar ya por su mitad. Debía darse prisa si quería llegar a tiempo.

La lámpara estalló de pronto con vibrante sonido de cristales rotos.

La luz se apagó y durante unos instantes, Harris se preguntó a qué se debía aquel insólito fenómeno.

El estampido de una detonación, sonando casi en el acto, se lo aclaró de inmediato.

CAPÍTULO XII

Harris no perdió mucho tiempo en actuar. Extendió la mano derecha, sacó la pistola de debajo de la almohada y rodó sobre sí mismo, dejándose caer al suelo, todo ello en el espacio de cuatro segundos escasos.

Su gesto no pudo ser más oportuno, porque inmediatamente después, sonaron cuatro o cinco estampidos en rápida sucesión. El tirador disparaba desde la selva parapetado tras algún tronco de palmera.

Harris apretó la culata de su revólver. Arrastrándose por el suelo, llegó a la ventana. Entonces se incorporó, situándose a un costado de la misma.

Asomó la cabeza con precaución. Vio una llamita y oyó un disparo. La bala penetró en la estancia con terrible ímpetu.

Por el sonido, calculó que el tirador se encontraba a unos veinticinco o treinta metros. Demasiada distancia para su revólver del 38. El asesino tiraba con un "Colt 45", al menos. El fragor de las detonaciones era inconfundible.

U Shi entró en la habitación con una lámpara en la mano.

—¡*Tuan* Harris…!

—¡Apaga la luz, pronto! —bramó el joven—. ¿Quieres que te asen a tiros?

Como si sus palabras hubieran sido proféticas, una verdadera lluvia de proyectiles entró por la ventana abierta, estrellándose con terrible fuerza contra los bambúes que constituían las paredes de la cabaña. Harris se tiró al suelo, sabedor de que la protección de que disfrutaba era nula o poco menos. U Shi le imitó en el acto, apagando la luz.

Fuera, en la aldea, se oían gritos de susto. La gente corría de un lado para otro.

El tiroteo cesó tan súbitamente como había empezado. A tientas, Harris se puso los zapatos. Buscó la lámpara eléctrica y saltó por la ventana, recomendando a U Shi que permaneciera quieto en el mismo sitio.

Corrió hacia el lugar donde habían sonado los disparos. Esquivó un par de palmeras, deteniéndose al fin en el punto que creía se había apostado el tirador.

Escuchó unos momentos. Solo se oían los gritos de los nativos corriendo de un lado para otro alocadamente, muchos de ellos con

antorchas en la mano.

Harris juzgó que el asesino había echado ya a correr. Hubiera sido del género idiota permanecer en el mismo sitio, después de haberse producido la alarma.

Encendió la lámpara y paseó el haz de luz por el suelo. Estuvo buscando durante largo rato, sin encontrar otra cosa que unas cuantas cápsulas vacías. Examinó una de ellas, corroborando sus suposiciones: el asesino había utilizado un “Colt 45”.

Apagó la luz y regresó a la aldea, dando la vuelta. Guardó el revólver en el bolsillo posterior de los pantalones. El alboroto se iba calmando poco a poco.

Pese a todo, las antorchas abundaban. Los nativos comentaban excitadamente entre sí las incidencias de aquel suceso que para ellos no tenía precedentes.

De pronto, divisó una blanca silueta en la veranda de una cabaña. Giró hacia su derecha y se encaminó hacia aquel punto.

—Buenas noches, señorita Scott —dijo.

—¿Cómo está, señor Harris? —respondió ella—. ¿Ha tenido usted algo que ver con el reciente tiroteo?

Los dientes del joven relumbraron en la oscuridad.

—Digamos que sí. Yo era el objetivo del tirador.

Lynn se estremeció.

—¡Dios mío! ¡Qué horrible! ¿Acaso pretendían matarle, señor Harris?

—La intención era obvia, señorita —contestó él sonriendo—. Pero el asesino olvidó una regla fundamental para matar una persona, una regla que no puede dejarse de lado cuando se utiliza un arma de fuego.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Lynn, muy intrigada.

—A la buena puntería. Es indispensable cuando se quiere matar a un individuo, ¿no es cierto?

Ella hizo un gesto de repugnancia.

—Señor Harris, no sé cómo puede tener humor para hablar así, después de haber estado a dos dedos de la muerte —se estremeció vivamente y se subió el cuello de la bata hasta, arriba—. De mí sé decir que si hubieran intentado asesinarme, estaría ahora más muerta que viva, aunque no me hubiesen tocado las balas.

—Lo comprendo, señorita Scott. Sin embargo de nada sirve el miedo después que se ha pasado el motivo que lo causó.

La joven se pasó una mano por la frente.

—¡Dios mío, qué cosas tan horribles están sucediendo en esta aldea! —Miró a Harris con gesto plañidero—. Quizá me tache usted de exagerada o de fanática, pero lo cierto es que la paz se ha visto turbada

después de que ustedes vinieron aquí.

—Lo siento —contestó él—. Por mi parte, y aunque reconozco en buena parto sus razones, he procurado portarme con toda apacibilidad. No es mía la culpa si han tratado de asesinarme.

—¿Por qué quieren matarle, señor Harris?

—¿Por qué mataron a Ran Padang?

—Usted no tenía nada que ver con ese nativo —declaró ella.

—Eso mismo es lo que quería hacerle ver. Ignoramos las causas de la muerte de Ran Padang. Yo también estoy en idéntico caso; no sé en absoluto por qué dispararon contra mí.

—Debería irse de la aldea antes de que fuera demasiado tarde —recomendó ella. Su tono se volvió de pronto suplicante—. Usted es buena persona, Harris. Hágame caso, se lo suplico. No espere a que atenten de nuevo contra su vida.

—Gracias —respondió él—, aunque me temo que por el momento no me va a ser posible tomar en cuenta su consideración. Gracias de todas formas, repito, señorita Scott.

—Ignoro los motivos que le han traído a la aldea, señor Harris —dijo Lynn—. Por poderosos que sean, ninguno de ellos debe sobreponerse al deber de conservar la propia, vida.

—Sana filosofía, que en el momento actual me es imposible practicar —de repente, con gesto impulsivo, le cogió la mano, antes de que ella pudiera evitarlo—. Ocurra lo que ocurra, recordaré siempre sus palabras, señorita Scott.

Y con rápida acción, se llevó la mano a los labios, depositando en el dorso un suave beso.

Lynn se estremeció vivamente.

—Por favor, señor Harris —dijo. Y, muy turbada, se recogió la falda de la bata y huyó a toda prisa al interior de su cabaña.

Harris regresó a la suya. La excitación de las gentes parecía haberse calmado ya, aunque todavía quedaban algunos corrillos comentando alborotadamente el extraño suceso. El joven se dirigió a su dormitorio, se puso una camisa y, agarrando la chaqueta y el sombrero, salió en dirección al cafetín.

El local estaba desierto. No quedaba en él ningún nativo, salvo los dos individuos que la viuda de Ran Padang había contratado para servir a la clientela, la cual, pensó Harris, debía haberse esfumado al sonar los disparos.

Charleth y Hatton estaban sentados a ambos lados de una mesa, jugando aburridamente a las cartas. Darrup, siguiendo su inveterada costumbre, tenía delante su inseparable botella de vino de palma.

Mary estaba sentada sola a una mesa, jugueteando distraídamente

con un vaso a medio llenar. Al ver entrar a Harris, sus ojos se animaron súbitamente.

El joven se sentó en su mesa de costumbre. Uno de los camareros se acercó, tomando nota del pedido.

Le sirvieron una cerveza, que vertió en el vaso. Al marcharse el camarero, Mary se puso en pie y caminó hacia él, haciendo ondular todas las líneas de su cuerpo, enfundado en un ajustado vestido rojo.

Se sentó a su lado, apoyando un codo en la mesa y le miró incitantemente.

—¿Fue usted el autor de los disparos, Chester?

—No. El receptor —Harris se retrepó en su silla, contemplando a la joven por encima de su vaso de cerveza.

—¿Querían liquidarle, eh?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quizá era porque Ran Padang y yo fuimos buenos amigos.

—¿Solo por eso?

Harris levantó los hombros.

—El asesino ha cometido la imperdonable descortesía de no decirme los motivos. Y mucho menos ha revelado su identidad.

—¿Calcula usted que es el hombre que le golpeó la noche atrás?

—Bien pudiera ser, Mary. De todas formas, en ninguna de las dos ocasiones he podido verle la cara.

—Es usted muy escurridizo, Harris —murmuró ella—. ¿Por qué no se franquea un poco más conmigo?

—¿Y qué quiere que le diga? Ya he respondido puntual y ampliamente a sus preguntas. Todo cuanto sé yo, lo sabe usted.

Los pulposos labios de la joven se distendieron en una amplia sonrisa de complicidad.

—Es usted tan escurridizo como una serpiente, Harris. No quiere soltar prenda, ¿eh? Bueno, no le obligaré a ello. Quizá acabe usted descubriendo su juego por sí mismo.

—Quizá —concordó él. Desvió la conversación—: ¿Qué tal le ha ido en el escenario?

—Las momias egipcias habrían demostrado mayor entusiasmo, Chester —respondió ella, con un dejo de amargura en la voz.

—Fue un error venir a cantar aquí, ¿no cree? ¿O acaso vino por otros motivos?

—Esa pareja de bastardos me engañaron, Chester —dijo Mary con tono apacible. Pero sus ojos brillaban furiosamente.

—Bien, en todo caso, dentro de cinco días llegará Kweng con su lancha. Entonces podrá despedirse de todo esto. Y lo hará a gusto, ¿no?

—Figúreselo, Chester.
—Supongo que se irá muy satisfecha. ¿O acaso decepcionada?
Mary arrugó el entrecejo.
—¿Decepcionada? ¿Por qué?
—No lo sé —Harris bebió un sorbo de cerveza. El líquido empezaba a calentarse ya—. Se me ocurrió decirlo.
—Está usted hablando de un modo muy extraño, Chester. ¿Por qué no suelta de una vez lo que tenga que decirme?
—Verá, se me había ocurrido pensar si acaso su viaje no había tenido un motivo sentimental, una especie de peregrinación o algo por el estilo.
—Está chiflado, Chester —masculló la joven—. ¿Peregrinar yo aquí? ¿Y por qué?
Harris se puso un pitillo entre los labios.
—En la guerra, hará unos doce años, estuvo aquí un tal Joshua Ellis, soldado de segunda clase. ¿Lo conoció usted?
Mary se enderezó de golpe. Su busto, firme y macizo, palpitó con violencia.
—¿Qué está insinuando, Chester? Jamás en mi vida he oído hablar de ese Joshua Ellis.
—¿Está segura? —Harris expulsó una gran bocanada de humo.
Mary se puso en pie. Apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia el joven.
—¿Quiere un buen consejo, Chester? Aquí su vida corre peligro. Lárguese, lárguese antes de que sea demasiado tarde, ¿me oye?
Y, sin añadir una sola palabra más, dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa que ocupaba. Agarró el chal blanco que había dejado sobre el respaldo de la silla y se cubrió los hombros.
Habló brevemente con sus dos acompañantes. Luego echó a andar con vivo taconeo.
Al llegar a la puerta, se detuvo un segundo. Volvió la cabeza hacia Harris y le miró con expresión llameante. Después atravesó el umbral.
Harris terminó su cerveza en medio de un absoluto silencio. Arrojó un billete sobre la mesa y se puso en pie.
—Buenas noches —saludó al salir. Pero nadie le contestó.
Llegó a su alojamiento. U Shi dormía apaciblemente, como indicaba el sosegado rumor de su respiración. Pisó de puntillas para no despertarlo.
Se acordó del tiroteo y empezó a desnudarse en la oscuridad. No tenía ganas de recibir un balazo.
La cerveza empezaba a salirle por los poros. Maldijo el calor.
Quedó en paños menores. Dirigióse a la cabecera de la cama, donde

sabía tenía el pijama. Pensaba ponerse solamente los pantalones, como de costumbre. A la madrugada corría alguna brisa y eso le refrescaría.

Tocó la almohada con la mano. En aquel momento oyó un ruidito extraño, un sonido muy parecido al de un tambor sonando rápida y apagadamente.

El sonido se repitió. En medio de las tinieblas, densas, absolutas, Harris sintió que un mar de sudor le corría desde el rostro hasta el abdomen.

El ruido sonó de nuevo. Daba la sensación de que alguien estuviese jugando con una carraca a gran distancia.

—Tengo que encender la luz —se dijo, helado de pavor.

Tanteó la mesilla de noche. Encontró cerillas y prendió una.

U Shi había repuesto la lámpara. La encendió.

El lecho aparecía normal. Pero el ruidito se acentuó. ¿De dónde provenía?

Súbitamente advirtió un pequeño abultamiento debajo de la sábana. Había algo debajo de la prenda de ropa, que se movió de pronto.

Harris pegó un salto que le llevó a dos metros atrás. Sudaba literalmente a chorros.

—¡U Shi! —llamó.

El nativo se despertó al instante.

—¿Sí, *tuan* Harris?

—Ven, pronto.

U Shi acudió casi en el acto. Miró al joven inquisitivamente. Luego, sus ojos se dilataron.

—*¡Tuan!* ¡Quieren matarlo! —exclamó, mirando hacia la cama.

—Eso mismo opino yo, U Shi.

El nativo vaciló un momento. Luego, con gesto rápido, echó la sábana a un lado.

Harris sintió una brusca contracción en el estómago. No era para menos.

El escorpión agitó furioso su uña venenosa, una picadura de la cuál era suficiente para matar a un hombre irremisiblemente en pocos minutos. Era una bestezuela de un palmo de longitud, cuyo color pardo y rojizo repugnaba, y que agitaba sus artejos delanteros con suma irritación, lo que producía el ruido que tanto había extrañado al joven.

U Shi salió de la estancia y volvió con dos trozos de bambú, con los cuales y a modo de tenaza, atrapó al escorpión. Luego se marchó.

Volvió minutos después.

—El *tuan* puede estar tranquilo —dijo, sonriendo. Pero tenía el rostro ceniciento.

Harris le entregó la botella con la cual había procurado pasar el mal

rato. U Shi bebió un largo trago.

—Gracias, *tuan* —dijo. Movió la cabeza—. Malos bichos los escorpiones.

—Sí —concordó él. Y se tumbó en la cama sin más; tenía los nervios rotos.

CAPÍTULO XIII

El día siguiente transcurrió sin pena ni gloria aunque, como de costumbre, con un calor sofocante. Harris acudió puntualmente a aquella especie de funeral que era la actuación de Mary Ellis.

Al terminar y, sin cambiar ni una palabra con Mary ni con ninguno de los otros blancos, se retiró a su alojamiento.

U Shi le esperaba.

—El *tuan* puede acostarse tranquilamente —dijo—. Su habitación está limpia.

—Gracias, U Shi —contestó el joven.

Se tendió en el lecho con un cigarrillo en los labios y la luz apagada. Tres de los cinco individuos que habían intervenido en la muerte del mayor Harris estaban allí: Charleth, Hatton y Darrup. Había un cuarto, Mary Ellis, presumiblemente para tomar su parte en el botín, como pariente del miembro del mismo nombre que había intervenido con los otros en el asesinato del oficial pagador. Pero ¿dónde estaba el quinto?

Encendió otro cigarrillo y otro y otro. Eran ya pasadas las dos de la madrugada cuando, de repente, le pareció sentir como un chispazo en el interior de su mente.

Se puso en pie de un salto, alumbrándose con la linterna eléctrica. Tenía su maleta sobre una silla, en un rincón de la estancia. La abrió y rebuscó entre las ropas, hasta hallar otra linterna del grosor aproximado de un lápiz. Dejo la grande y se quedó con esta. Colocó el revólver en el bolsillo posterior de la cadera y salió sigilosamente de la cabaña.

La aldea estaba completamente en silencio. Las luces de las esquinas se habían apagado ya, consumido el aceite de palma que las alimentaba. Pero en el cielo lucía la lima en su cuarto menguante, proporcionando la suficiente visibilidad para poder caminar rápidamente sin tropezones inoportunos.

Poco más tarde llegó a las cercanías de una cabaña. Subió los peldaños cuidadosamente, ejerciendo una suave presión sobre cada uno de ellos antes de asentar el pie, para evitar crujidos que pudieran delatar su presencia. Pasó a la veranda.

Esta corría a todo lo largo de tres de los muros de la cabaña. Las ventanas estaban abiertas de par en par. El robo era algo casi desconocido en la aldea.

Pero Harris buscaba una ventana con mosquitero. La encontró al

cabo.

Escuchó. Al otro lado de la gasa se oía la sosegada respiración de una persona que dormía. Tranquilo al respecto, sacó una navajita del bolsillo y empezó a cortar el mosquitero a ras de marco.

Un minuto después había terminado la labor. Con el mismo sigilo que venía empleando desde el principio, pasó al interior de la estancia.

Escuchó unos momentos. El durmiente no se había dado cuenta de su presencia en aquel lugar. Sacó la linternilla y la encendió.

Miró detenidamente por todos los rincones, hasta que encontró una especie de *secretaire* situado en el rincón opuesto al lecho. Dirigiéndose al mueble, se sentó en la silla que había ante el mismo.

Empezó a mirar detenidamente todos los papeles y documentos que había en el *secretaire*. Transcurrió una hora.

Al cabo se puso en pie, dando por terminado el escrutinio. Al hacerlo, movió ligeramente la silla y esta se arrastró un poco por el suelo.

El durmiente se despertó instantáneamente. Sentándose en el lecho, exclamó:

—¿Quién anda ahí?

Harris se vio perdido. Dando un gran salto, se abalanzó sobre el lecho.

—No grite, por favor, señorita Scott —dijo con vehemencia—. No grite o me perderá.

Ella exhaló un grito de susto. Harris la cogió por los hombros con ambas manos.

—No piense mal de mí, señorita Scott —prosiguió, jadeante—: Sin duda creerá que he entrado a robar… pero eso no es cierto, no crea tal cosa de mí… Estoy loco por usted… Oh, Dios mío, ahora me doy cuenta de la enormidad que he cometido… y lo que puede padecer su reputación si me encontraran en su dormitorio a estas horas de la noche… Pero… la quiero tanto… que no pude resistir a la tentación… Por favor, señorita Scott… dígame usted que también me ama… Dígamelo o… No sé, sería capaz de hacer una barbaridad…

Harris hablaba atropelladamente, sin permitirse punto de descanso. Jadeaba como si le faltase el aire.

Ella le miró, temiendo hallarse en presencia de un demente. De pronto, se dio cuenta de que estaba cubierta tan solo con un camisón y se soltó con fuerza, tapándose con el embozo hasta el cuello.

—Salga de mi casa, señor Harris —dijo en voz baja y concentrada —. Salga o empezaré a gritar en el acto.

—Por favor, ¿es que no se da cuenta de que todo lo que he hecho es porque la amo? Sí, ya sé que me he portado como un loco,

comprometiéndola gravemente… pero me iré… me iré y no volveré a verla más… Me había hecho tantas ilusiones… Usted y yo, tiernamente cogidos de la mano… caminando juntos hacia un porvenir de felicidad sin fin…

Lynn, mujer al fin y al cabo, empezó a enternecerse.

—Pero, señor Harris —murmuró—, ¿no podía habérmelo dicho en mejor ocasión? Por supuesto, a toda mujer le halaga saber que hay un hombre enamorado de ella… Ahora bien, hay momentos y lugares de decir las cosas más propicios que este, ¿no cree usted?

Harris alargó las manos y la atrajo hacia sí. Ella retrasó el busto cuanto pudo.

—Por favor —suplicó.

—He estado aquí largo tiempo, viéndola dormir apaciblemente. Solo quería contemplarla… no deseaba que usted se diera cuenta de mi presencia, quería adorarla en silencio… pero cuando se despertó, ya no pude contenerme. Lynn, dígame que usted también me ama; es lo único que ansía en estos momento. No defraude mis esperanzas, por el amor de Dios…

Ella se turbó.

—No sé, estoy muy sorprendida. Todo esto es muy nuevo para mí… nunca me había sucedido nada parecido… y menos en semejantes condiciones de lugar y ahora. Déjeme algún tiempo para pensármelo, señor Harris…

—Chester para usted, Lynn. Por favor, suprima el tratamiento.

Lynn sonrió en la oscuridad.

—Está bien, Chester. Y ahora, váyase. Le prometo pensar muy seriamente en lo que me ha dicho.

—¿Puedo abrigar alguna esperanza? —preguntó él.

—No sé… ¿Por qué no espera a que haya sedimentado mis pensamientos? Ahora estoy un poco desconcertada, compréndalo. No esperaba de usted una cosa semejante…

Harris la atrajo bruscamente hacia sí, hasta sentir junto al suyo el turgente contacto del pecho de la joven.

—Mañana por la noche, acudiré a la Veranda. Esperaré su respuesta con la mayor impaciencia.

—¿Y si fuera negativa? —preguntó ella maliciosamente.

—Entonces —dijo él muy despacio—, la barca de Kweng llega dentro de cuatro días. Me iría en ella con el corazón destrozado… pero recordándola siempre, siempre, Lynn.

—Quizá no necesite usted tomárselo tan a la desesperada, Chester. La vida no se acaba porque una mujer le rechace. Usted es joven y…

Harris volvió a estrecharla con fuerza contra su pecho.

—Pero solo hay y habrá un sitio en mi corazón para una imagen de mujer: ¡la suya, Lynn!

Tomó una de sus manos y la besó frenéticamente. Acto seguido, se puso en pie y corrió hacia la ventana.

Agitó la mano con teatral ademán. Luego pasó las piernas por el alféizar y saltó a la veranda. Sus pasos se apagaron casi en el acto.

Lynn se reclinó en la cama, sonriendo satisfecha. Era cierto que se había llevado un gran susto, pero su pánico primitivo carecía de fundamento.

—Ni que fuera italiano —dijo, refiriéndose al joven y al ardor amoroso que Harris había demostrado.

El trabajo no había concluido aquella noche para Harris. Regresó a su cabaña y encendió la antorcha grande. Buscó un trozo de papel, sobre el cual escribió unas líneas.

Acto seguido, volvió a salir. Esta vez se dirigió a la cabaña de U Noy.

Estuvo merodeando un rato por la vecindad de la misma, hasta que un fuerte ronquido le indicó dónde dormían los dos acompañantes de Mary Ellis. Entonces, acercándose subrepticiamente a la ventana, rasgó el mosquitero y dejó caer el papel en el interior del dormitorio.

A continuación se fue a dormir. Lo merecía, indudablemente.

CAPÍTULO XIV

Finn Charleth abrió un ojo primero y luego el otro. Después bostezó, finalmente estiró los brazos y acabó sentándose en el lecho. Maldijo entre dientes la dureza del mismo y pensó que era cuestión ya solo de pocos días el cambiarlo por otro más blando.

—De plumas —rezongó, sonriendo muy satisfecho. Y de pronto, sus ojos se fijaron en un papel que yacía a un metro de la ventana.

Era una cuartilla grande y había unas letras escritas en la misma.

Charleth arrugó el ceño, Poniéndose en pie, caminó descalzo hasta el papel, que recogió del suelo, leyéndolo a continuación.

Una exclamación de cólera brotó de sus labios en el acto.

—¡Ray! ¡Despierta, pronto!

El gordo dormía en una cama contigua. Se sentó en el lecho, empuñando ya una pistola de pavoroso aspecto.

—Deja el arma —rezongó Charleth—. No nos ataca nadie.

—¿Qué pasa, entonces? ¿A qué esos gritos?

—Mira, lee. ¿Qué te parece?

Hatton tomó el papel que le ofrecía su compañero. Sus menudos ojillos se dilataron por el asombro que la lectura le producía. Al terminar, miró a su compañero.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! —barbotó Charleth de mal talante—. Trae acá.

Le arrebató el papel y volvió a leerlo de nuevo. Las palabras escritas decían lo siguiente:

> “Finn Charleth, inocente; Ray Hatton, inocente; Clem Darrup, inocente.
>
> “¿Es Mary Ellis la heredera del cuarto inocente?
>
> “Y el quinto inocente, ¿dónde está? ¿Cedió el sargento Clancy su parte de botín a alguna persona?”

Charleth arrugó el papel con gesto de rabia.

—Ha sido Harris —mascculló—. Solo él puede saber lo que sucede. Y ha echado este papel mientras dormíamos para ponernos nerviosos.

El gordo soltó una risita.

—Pues en lo que concierne a ti, lo ha conseguido, palabra.

—¡Vete al diablo! —masculló Charleth. Empezó a pasearse por el dormitorio, como había dicho Hatton, muy nervioso—. Tendríamos que suprimirlo, antes de que él lo haga con nosotros.

—¿Y cómo, quieres decirme?

—Duerme solo en una cabaña, con ese nativo que siempre le acompaña. Diablos, Ray, no me irás a decir ahora que tú no sabes preparar un sabotaje o cosa parecida contra una persona y hacer que parezca un accidente, ¿verdad? Lo hiciste durante cuatro años de guerra y continuaste haciéndolo después, en la paz.

—Calla —refunfuñó Hatton, de mal talante—. Esas cosas no se mencionan en público.

—Estamos solos, Ray.

El gordo señaló las paredes del dormitorio.

—Lo parece, nada más. Está bien; pensaré algo para liquidar a ese tipo. Oye, ¿será hermano del mayor Harris? Parece muy joven, ¿no?

—Debe tener unos treinta años, lo cual quiere decir que al terminar la guerra tenía dieciocho. Incluso tuvo tiempo de pegar cuatro tiros contra los japoneses.

—Puede ser —se rascó la nuca el gordo—. Está bien, déjame pensar en algo.

—Pero no olvides una cosa: tiene que ser seguro y discreto, ¿estamos?

Hatton rio siniestramente.

—Preparar *accidentes* —dijo—, es mi especialidad, recuérdalo.

Unos golpes sonaron en la puerta.

—¿Pasa algo? —se oyó la voz de Mary—. ¿A qué viene todo ese escándalo de voces por la mañana?

—¡Eso no te importa a ti! —respondió Charleth abruptamente—. Lárgate y déjanos en paz.

Y acto seguido, empezó a vestirse. Todavía se sentía muy nervioso.

Aquella misma mañana, cerca del, mediodía, Harris acudió al cafetín, sentándose a su mesa favorita. Pidió una cerveza y encendió un cigarrillo.

Al cabo de un rato, divisó la figura de Mary que atravesaba la plaza en dirección al cafetín. La cantante no tardó mucho en llegar al local.

Entró en el mismo y paseó la vista en torno suyo. Sus ojos chocaron con los del joven durante un segundo.

Acabó decidiéndose y se acercó a la mesa que ocupaba Harris.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Harris tendió la mano, indicando la silla más próxima.

—Hágalo —dijo.

—No es usted muy galante que digamos —se quejó la joven—. Ni siquiera se ha levantado al verme venir.

—Hace calor —respondió él con acento intrascendente. Vino un camarero y Mary le encargó una cerveza.

Permanecieron silenciosos hasta que hubieron servido el pedido. Mary mojó sus labios en el líquido y luego dijo:

—Parece que no ha hecho usted mucho caso de mis palabras de anteanoche, Chester.

—Cuando se recomienda una cosa semejante y en un lugar como este, lo menos que puede hacerse, junto con la oferta de marcha, es proporcionar también el medio de transporte. No voy a ir nadando hasta Moulmein, ¿verdad?

—A pie me iría yo, si mi vida estuviese tan amenazada como la suya.

Harris la miró fijamente.

—¿Ya se ha preocupado por saber si la suya lo está también?

—¿Qué es lo que quiere decir, Chester?

El joven bebió un sorbo de Cerveza antes de contestar.

—Hace doce años, aproximadamente, un mayor del Ejército, llamado Harris, murió asesinado para despojarle de una importante cantidad de dinero que transportaba. Los asesinos fueron absueltos por falta evidente de pruebas; pero el dinero no fue nunca habido.

—¿Qué tengo yo que ver con la muerte del mayor Harris? —preguntó la joven.

—Uno de los inculpados se llamaba Joshua Ellis, Mary.

La mano de la joven se cerró en torno al vaso.

—No he conocido nunca a un individuo llamado así, Chester.

—Es posible. El apellido Ellis, como el mío, es muy corriente. Puede tratarse de una coincidencia.

—En todo caso, nunca tuve yo nada que ver con ese tal Joshua Ellis —declaró Mary con voz firme.

—¿Lo juraría con la mano puesta sobre la Biblia? La joven vaciló. Desvió la vista.

—¿Lo juraría? —repitió él.

—Escuche —dijo Mary de repente—, no quiero contestarle a esa pregunta. Pero, en cambio, le voy a hacer una advertencia.

Harris enarcó las cejas.

—¿Sí?

—Esta noche, cuando vaya a dormir, le recomiendo mire debajo de la cama.

—¡Caramba! —exclamó el joven—. Hasta ahora solo había mirado encima… y con buenos resultados, además. Pero eso es algo nuevo para mí, Mary, se lo aseguro.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó ella, muy extrañada.

—Hace dos noches me encontré un escorpión sobre la cama. No quise encender la luz por no alertar a un posible tirador que me

saludara con una salva de disparos y si me descuido, el escorpión me hubiera convertido en… pasto de gusanos.

Mary perdió el color por completo.

—¿E… es cierto lo que dice? —tartamudeó.

Harris apuró su cerveza.

—Hay cosas con las cuales no se debe jugar jamás, Mary —dijo—. De todas formas, muchas gracias por su consejo. Esta noche miraré por debajo de la cama. ¡Adiós!

Dejó un billete sobre la mesa y se marchó.

Al salir se cruzó con Darrup. Torció la cabeza a un lado; el individuo estaba envuelto en una pestilente aura de alcohol que hacía imposible toda aproximación.

Estuvo haraganeando de un lado para otro, hasta que dieron las cinco de la tarde. Entonces se dirigió al encuentro de Lynn Scott, porque sabía que aquella era la hora en que la joven dejaba la escuela.

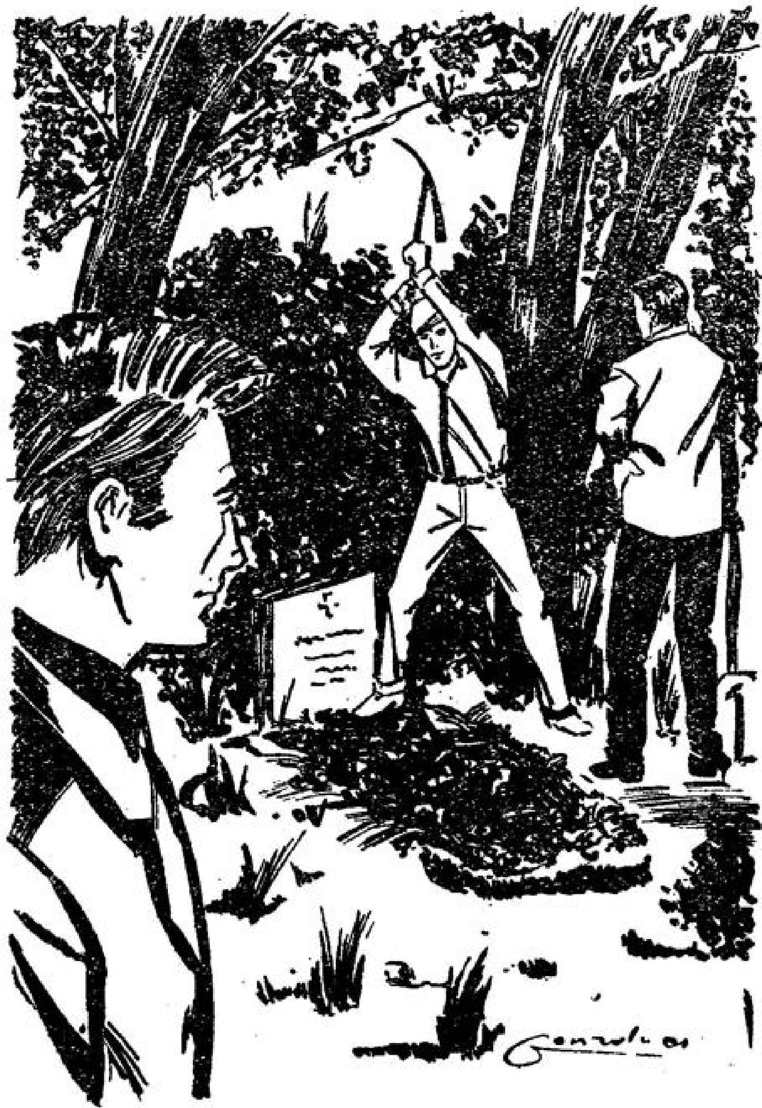
Esperó, apoyado en la pared de una cabaña. Al verle, Lynn enrojeció súbitamente.

Harris salió a su encuentro, destocándose con toda cortesía.

—Lynn —llamó.

Ella se detuvo, irresoluta.

—Por favor, Chester —dijo, bajando los ojos pudorosamente.



—Aquí es...

Harris dio dos pasos hacia la joven.

—He estado pensando toda la noche —dijo—. Por un lado, me siento terriblemente avergonzado de lo que he hecho. Por otro… bien, de esta manera ha tenido usted oportunidad de conocer cuáles son mis sentimientos.

—Es que yo… Escuche, Chester, todavía no sé qué pensar. Compréndalo, todo esto me ha sorprendido enormemente. ¿No podría

usted concederme algún tiempo más?

El rostro del joven expresó claramente la decepción que sufría. No obstante, trató de sonreír.

—Bien —respondió—, ¡qué remedio me queda! Amar es obedecer y solo puedo entregarme a una devota obediencia de sus deseos, Lynn.

Ella sonrió encantadoramente.

—Tenga un poco de paciencia, Harris. Quizá… Bueno, en realidad, nos hemos tratado muy poco. ¿No le parece que deberíamos frecuentarnos un poco más antes de dar un paso tan definitivo? Sentiría luego tanto ver que nuestros caracteres son dispares… Una coincidencia de pensamientos es la base del amor mutuo, Chester, y antes de contestarle afirmativamente, me gustaría ahondar un poco más en su sicología… y que usted ahondase en la mía, por supuesto. De esta manera, tendríamos la mitad del camino recorrida, ¿no cree?

—A su gusto —dijo él—, aunque habrá de dispensarme que le diga que tal manera de pensar me parece un poco cerebral.

—¿Ve usted? —rio ella—. Ya discrepamos. Debería estar de acuerdo conmigo, en lugar de poner objeciones a mis observaciones, Chester.

—Y usted debiera haber contestado "sí" desde el primer momento —dijo él audazmente, mirándola al fondo de los ojos.

Lynn se turbó. Con voz un tanto ronca, dijo:

—Seguiremos hablando otro rato, Chester. Vuelva a verme mañana. Adiós.

Harris se quitó el sombrero.

—Buenas tardes, Lynn.

Nuevamente se sentía empapado en sudor. La ducha se imponía.

Era ya de noche cuando, habiendo terminado de cenar, se dirigió al cafetín una vez más.

En el camino se encontró con Darrup.

—Hola —saludó el borracho con voz estropajosa.

—Hola —dijo Harris.

—Me parece que habré de volverme a mi país.

—¿Sí? ¿Por qué?

—En este pueblo no necesitan de los servicios de un enterrador profesional. He estado hablando con el jefe de la aldea y… ¿quiere usted saber qué me ha contestado, el muy hijo de perra?

—Algo interesante, sin duda.

Darrup tropezó y estuvo a punto de caer.

—¡Bandido! Dijo que por qué no les enterraba a todos ustedes, ya que así volvería la tranquilidad a la aldea.

—¿Está seguro de ello?

—El jefe, sí. Yo… —Darrup rio estúpidamente—. ¿Usted, qué opina, amigo Harris?

—Es posible —ya llegaban al cafetín. Harris tuvo que sujetarlo por un brazo para que no cayera al suelo al tropezar con uno de los peldaños de la escalera.

Entraron en el cafetín. Harris se dio cuenta de que Charleth estaba solo en una mesa, haciendo solitarios con una baraja. En otra mesa, Mary bebía tranquilamente, fumando un cigarrillo con aire ausente.

Los nativos habían vuelto, aunque en menor cantidad que las primeras noches, ya que apenas se veían dos docenas de ellos repartidos por las restantes mesas. El silencio era casi absoluto; los clientes hablaban, pero en voz muy baja, con murmullos casi ininteligibles.

—Bu… bueno —dijo Darrup—, ya… ya puede soltarme. Gracias por su ayuda, Harris.

—No hay de qué —contestó el joven cortésmente.

Cambió una mirada con Mary. El rostro de la cantante aparecía impenetrable.

Luego volvió la vista hacia Charleth. Este le miró apaciblemente durante unos segundos y luego continuó con su solitario.

Darrup se soltó. Avanzó tambaleándose hacia el mostrador.

Harris vaciló unos segundos. Por una casualidad, su mesa estaba ocupada. ¿Se sentaría junto a Mary?

De repente se formuló una pregunta.

¿Dónde estaba Hatton?

En aquel momento, una atronadora explosión sacudió la aldea.

CAPÍTULO XV

El suelo trepidó como sacudido por un terremoto. Todos los ojos se volvieron instintivamente hacia el lugar donde había sonado el estallido.

Se oyeron gritos de alarma. Harris dio media vuelta y echó a correr. Tras él, sonaron pasos precipitados.

—Pronto pudo divisar un rojo fulgor hacia el sitio donde estaba ubicada su cabaña. Una extraña aprensión hizo presa en su espíritu.

Corrió alocadamente hacia aquel lugar. La gente corría y chillaba desaforadamente.

Una cabaña ardía. Harris reconoció la suya a través del fulgor del incendio. E inmediatamente recordó las palabras de Mary.

Le recomiendo mire debajo de la cama.

¿Por qué le había dicho eso la joven? ¿Qué sabía ella del asunto?

Un hombre chocó contra él con tal violencia, que estuvo a punto de derribarlo al suelo.

Parecía loco de terror. Tenía las ropas desgarradas y apenas podía hablar.

—¡*Tuan* Harris! —gritó—. ¿Es usted?

Harris agarró al nativo por ambos brazos.

—Repórtate, U Shi —dijo—. Estoy bien… y tú también. ¿Qué ha sucedido?

Los nativos corrían hacía la cabaña con cubos llenos de agua, intentando vanamente apagar un incendio que solo podría extinguirse cuando las llamas no tuviesen ya material en el cual hacer presa. El agua caía en el fuego, vaporizándose en el acto.

Los dientes de U Shi castañetearon audiblemente.

—No… no lo sé exactamente. Estaba lavando los cacharros de la cena cuando… de pronto sonó la explosión. Yo fui arrojado contra la pared… y ya no me preocupé de otra cosa que de huir de ese infierno. ¿Por qué quieren matarle, *tuan* Harris?

El joven ignoró la pregunta. Contempló las llamas, que devoraban rápidamente la combustible estructura de la cabaña. U Shi, calculó, estaba con vida, seguramente porque la explosión se había producido en el lado opuesto del edificio de bambúes.

En su dormitorio.

Le recomiendo mire debajo de la cama.

¿Qué sabía Mary de todo aquello?

La voz de la cantante resonó de pronto a su lado.

—Por lo visto —dijo—, han querido ahorrarle el trabajo de inspeccionar su dormitorio antes de acostarse.

La mirada de la joven era sombría y sus labios se habían fruncido prietamente.

—Apuesto a que fue el gordo el que estaba mirando debajo de la cama —contestó.

Mary calló. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, el cual le palpitaba con rápidos espasmos, en tanto presenciaba el ajetreo de los nativos intentando apagar el fuego.

—¿Dónde estaba Hatton esta noche? —preguntó Harris.

—No lo sé. No acudió al cafetín.

—Comprendo —murmuró el joven. Charleth pasó por delante de ellos caminando rápidamente. Tenía el rostro contraído.

A espaldas de los dos, Darrup se quejó.

—No hay derecho. Con un fuego así, uno no se puede lucir enterrando a la gente como es debido.

Mary se tapó la boca con la mano, a la vez que se agarraba el estómago con la otra. De pronto, echó a correr.

Harris sonrió débilmente. El fuego había alcanzado ya su punto culminante.

—No hacía falta encender ninguna hoguera para calentarse —comentó Darrup trabajosamente—. Bastante calor hace ya en este maldito infierno sin necesidad de incendiar una cabaña, ¿no le parece, Harris?

—En estos momentos —comentó el joven intencionadamente—, hay quien siente frío, mucho frío.

Y se alejó.

Estuvo contemplando el incendio en un lugar discreto. Era ya muy tarde, cuando, al fin, las llamas se extinguieron.

En compañía de Ton Wee, U Shi y algunos nativos, estuvo hurgando entre los humeantes restos de su cabaña, alumbrándose con algunas antorchas vegetales. Al cabo de un buen rato, encontraron los carbonizados restos de un individuo.

Las llamas lo habían devorado casi por completo, convirtiéndolo literalmente en un pedazo de carbón. Harris contempló pensativamente aquellos restos humanos y aunque el cadáver resultaba totalmente irreconocible, no le cupo la menor duda de que se encontraba ante lo poco que quedaba de Ray Hatton.

Unos nativos envolvieron en una estera aquellos restos. Ton Wee ofreció al joven alojamiento en su propia cabaña, cosa que Harris aceptó de buen grado.

—Sobre todo —dijo—, ahora que me he quedado solo con lo puesto.

En “solo con lo puesto” debía incluir el revólver y seis cartuchos, pero nada más. El resto de su equipaje, incluyendo las actas del proceso, había sido completamente destruido por el incendio.

CAPÍTULO XVI

Ya solo faltaban veinticuatro horas para que llegase la motora de Kweng. El tiempo había transcurrido lento, tedioso, inacabable, sumida la aldea en una silenciosa tensión que amenazaba con estallar en cualquier momento.

Harris se había encontrado con Charleth en más de una ocasión. El individuo le había esquivado deliberadamente, huyéndole como si le tuviera miedo. En cuanto a Darrup, seguía con su inveterada borrachera.

Con Mary había hablado dos o tres veces y todas ellas sobre temas intrascendentes. Mary había rehuido deliberadamente toda alusión al accidente que había costado la vida a Hatton.

Y en cuanto a Lynn, aun acogiéndole con más efusión que en ocasiones anteriores, seguía dando largas a su asunto sentimental. La joven estaba también muy afectada por el incidente y no quería hacer otro comentario sobre el particular, excepto que la paz renacería en la aldea cuando ellos se hubieran ido.

Una vez más, hacía calor. Veinticuatro horas tan solo y Kweng llegaría con su barca. La hora de la marcha habría sonado entonces.

Desde su puesto habitual en el cafetín vio a Mary cruzar la plaza. Llevaba una toalla en la mano y una bolsa de lona. Seguramente habría ido a bañarse al río. Se le ocurrió ir en su busca, pero el calor le aplanaba.

Pensó una vez más en Hatton. *Le recomiendo mire debajo de la cama.* Mary sabía o suponía que iban a atentar contra su vida y por ello se lo había advertido de una manera no demasiado enigmática.

Pero la trampa se había vuelto contra el tramposo. Harris sabía bien por qué. No se pasan ocho años en la cárcel sin perder algunas habilidades, la de manejar explosivos entre ellas. Y la carga que Hatton había querido colocarle bajo el lecho, le había estallado entre las manos, destrozándole en el acto y provocando el incendio subsiguiente.

Harris se imaginó la clase de trampa que Hatton quería haberle tendido. Un alambre muy fino, conectado a la espoleta de la carga y sobre la misma, un ligero peso que saltaría al menor tirón del alambre, dejando libre el muelle que pondría en funcionamiento el fulminante. El alambre estaría atado al embozo de la sábana, por ejemplo, o bien atravesado de lado a lado del dormitorio. En la oscuridad, y aun con luz, hubiera sido difícil verlo, si no imposible.

Pero la trampa se había vuelto contra su autor. Con toda seguridad, Hatton había tenido que actuar en tinieblas, ya que no tenía que ser visto. Y un ligero error de cálculo le había hecho saltar por los aires.

¿Uno menos para el reparto? pensó Harris especulativamente.

Caía la tarde, pero el calor se mantenía en el mismo punto tórrido y agobiante de todo el día. Mover tan solo el brazo para tomar el vaso de encima de la mesa provocaba torrentes de sudor.

Harris notó el ambiente sumamente cargado. Aparentemente, todo estaba igual. Los nativos iban y venían dedicados a sus ocupaciones. Las mujeres regresaban del baño riendo y alborotando como tenían por costumbre. Pero aun sin verse nada, se notaba una especie de tensión eléctrica, una cargazón extraña que no tenía origen definido y que no podía atribuirse a ninguna cosa en concreto.

¿Eran sus nervios?

Preveía que estaba llegando al acto final del drama.

Kweng llegaría al día siguiente con su motora. Mary no quería quedarse en la aldea ni un minuto más del absolutamente necesario. Y respecto a los otros dos… bien, era preciso suponer que compartían las mismas ideas.

¿Y Lynn?

¿Qué planes eran los de la maestra?

Harris no lo sabía, tenía que confesárselo a sí mismo. En ciertos aspectos, la maestra era una esfinge.

Sintió que el sudor le chorreaba por el cuello. Tenía la ropa empapada. Y lo malo era que no podía cambiarse; todo su equipaje había sido destruido en el incendio.

De pronto se puso en pie. Pagó la cerveza y salió del cafetín. La noche no tardaría ya mucho en llegar.

Se encaminó hacia la cabaña del jefe de la aldea, Ton Wee, donde se alojaba hasta la llegada de la motora de Kweng. Iba a ver si Ton Wee le prestaba por lo menos una camisa, aunque fuera de cualquier clase, con el fin de poder darse una ducha que le quitase de encima la humedad que le rodeaba como una segunda e invisible epidermis.

Alguien pronunció su nombre.

—¡Chester!

Volvió la cabeza. Se acercó a la veranda de la cabaña de U Noy.

—Hola, Mary —dijo desmadejadamente.

—¿A dónde va?

—En busca de una camisa.

—¿Es usted un hombre feliz? —rio ella.

Harris rio también al recordar el conocido cuento.

—La camisa del hombre feliz —dijo. Sacudió la cabeza—. No, no

puedo quejarme de la suerte, pero ello no obsta para que necesite cambiarme de camisa. Aquel individuo debía vivir en un país menos agobiante que este.

—Aguarde un momento —dijo ella—. Puedo proporcionarle una, si tan necesitado se encuentra —entró en el interior de la cabaña y salió con la prenda en la mano—. Como no tiene necesidad de ajustarse el nudo de la corbata, no importa que el cuello le quede más ancho.

Harris contempló reflexivamente la prenda.

—Esta no es la camisa del hombre feliz, sino la del hombre muerto —levantó los ojos hacia los de la joven—. Gracias por su consejo de mirar debajo de la cama.

Ella endureció el gesto.

—Me gusta usted entero, no en trozos —dijo.

—¿Oyó algo?

—Sí. Lo suficiente.

—Mala suerte para el pobre Hatton. Hay cosas que si no se practican a diario o poco menos, se pierde el entrenamiento.

—Eso es lo que debió sucederle —dijo ella.

—Por lo visto, vinieron prevenidos contra cualquier contingencia. ¿Se acuerda usted de Joshua Ellis? —preguntó Harris de repente.

La frase halló ligeramente desprevenida a la joven.

—Le he dicho una y cien veces que no era mi hermano, Chester.

—Quisiera creerla —suspiró él—. En fin, gracias por la camisa y… Ah, mañana llega Kweng.

—Menos mal —exclamó Mary irritada—. Estoy hasta la coronilla de esta maldita aldea y sus nativos. No sé cómo me las voy a arreglar para llegar a los Estados Unidos, pero lo haré, aunque tenga que atravesar remando el Pacífico.

—Un ejercicio muy sano para… —la miró de arriba abajo con expresión crítica— para mantener la línea. Adiós, Mary.

Ella enrojeció levemente y dulcificó su semblante con una sonrisa.

—Adiós, Chester.

Se dirigió a la cabaña de Ton Wee, en donde se duchó y puso la camisa de Hatton, de la cual le sobraba tela por todas partes. Al concluir era ya de noche cerrada.

Se disponía a salir de la estancia, cuando, de repente, oyó un fuerte zumbido, seguido a continuación de un golpe seco, algo muy parecido a un chasquido.

Oyó unos pasos que se alejaban rápidamente en la jungla cercana. Ni siquiera intentó seguir al individuo; las sombras de la noche eran demasiado espesas para buscarle en un terreno que debía conocer perfectamente. Y si lo hacía, podía caer incluso en una emboscada, con

resultados desastrosos para él.

Buscó el origen de aquellos raídos. No tardó en hallarlo.

Forcejeó hasta arrancar el cuchillo del punto donde se había hundido profundamente. Atado al mismo se veía un papel, que desdobló, leyendo su contenido.

> “La curiosidad es la madre de todos los vicios… y la alegría de los fabricantes de ataúdes.
>
> “Kweng llega mañana. Márchese”.

Sacó un cigarrillo y encendió un fósforo. Con la llama de la nota que ardía en sus dedos prendió el cigarrillo.

—El servicio de Correos se quejará de esta competencia ilegal —fue todo el comentario que hizo.

CAPÍTULO XVII

Estuvo en el cafetín hasta que Mary hubo terminado su melancólica actuación. Al terminar, se marchó en dirección a su nuevo alojamiento. Entró ostensiblemente por la puerta y un minuto después salía, con mucha menos ostentación, por la ventana de su dormitorio.

Llevaba el revólver en el bolsillo de su chaqueta. Seis balas. Suficiente para defenderse si era atacado. Pero sus intenciones, en lo posible, eran las de ser mero espectador. No tenía la menor duda de que, el momento culminante estaba acercándose ya.

Dio un gran rodeo para evitar ser descubierto. Finalmente, casi media hora después, salió al camino viejo, no demasiado lejos de las rocas donde ya estuviera una vez en idénticas circunstancias.

Diez minutos más tarde, se había acomodado en un sitio que parecía una especie de nicho con asiento. De este modo tenía protegidas las espaldas y la cabeza. Delante de él, a unos seis o siete metros de distancia, estaba la tumba del mayor Harris.

Esperó.

De vez en cuando, consultaba su reloj de esfera luminosa. Dieron la una y también las dos. ¿Era que nadie iba a acudir a la cita?

El calor apenas había disminuido con la llegada de la noche. Harris intentó consolarse con la visión imaginaria de grandes vasos de cerveza helada, tomados con un slip como única vestimenta, sobre un iceberg groenlandés. La transpiración aumentó más todavía.

De pronto oyó unos pasos cautelosos. Alguien se acercaba.

Olvidó el sudor, olvidó la tórrida temperatura. Olvidó todo, en fin, para concentrarse en las últimas escenas del acto final.

Eran dos hombres los que venían. Se detuvieron frente a la tumba dándole la espalda.

—Aquí es, Darrup —dijo Charleth.

—No me hace mucha gracia tener que cavar en una tumba —masculló el aludido.

—¡Vaya! ¿Tú, un sepulturero profesional, sintiendo repulgos de los muertos?

—En mi vida he sido sepulturero y tú lo sabes bien —contestó Darrup de mal talante.

—No mientas, imbécil. Acuérdate cuando te enviaron en la guerra al pelotón de castigo. ¿A cuántos muertos enterrabas diariamente?

—Está bien, está bien —gruñó el individuo, cuya voz sonaba

sorprendentemente serena y firme—. No me lo recuerdes. ¿Estás seguro de que la “pasta” está aquí?

—Claro. Clancy me lo dijo —sonó una risita siniestra—. Me costó arrancárselo, pero al fin se lo saqué. ¡Qué poco aguante tenía el tipo!

Harris se estremeció. Tras de aquellas palabras, ya no le cabía la menor duda de la suerte que había corrido uno de los miembros del quinteto.

Y esto suponía que, habiéndose cometido el asesinato del mayor Harris por los cinco individuos, solo uno de ellos se había encargado de esconder el dinero: Clancy, quien después, por lo visto, había intentado traicionar a sus compinches para lucrarse a solas del botín conseguido.

Darrup empezó a cavar. Mientras tanto, Charleth había encendido una antorcha eléctrica, que había colocado sobre una piedra, enfocando el haz de rayos hacia la tumba.

Pasó el tiempo. De vez en cuando, Darrup emitía un quejido de mal humor. Como la vez anterior, Charleth se limitaba a ser un simple espectador, fumando apaciblemente un cigarrillo.

De pronto, Darrup suspendió la labor.

—Finn —dijo.

—¿Sí, Clem?

—Oye, ¿y si ese tipo llamado Harris se entera…?

Sonó una palmada.

—Aquí llevo algo que mata la curiosidad en el acto.

—¿Será hermano del mayor Harris?

—Es posible.

—Entonces, tratará de vengarlo.

—Tiene que ser muy listo para ganarme por la mano. Anda, sigue cavando.

—¿Y tú, no me relevas?

—Ya sabes que el médico me ha prohibido toda clase de esfuerzos violentos —contestó Charleth cínicamente.

—Granuja —masculló Darrup—. ¿Qué porcentaje piensas darle a la chica?

—¿A quién, a Mary? Ni cinco, hombre. Se fingió hermana de Ellis, pero no lo es. Lo que pasa es que lo he dejado correr, a fin de que no sospeche nada ella… ni los demás. Una mujer así nos daba un cierto aire de respetabilidad, al mismo tiempo que encubría nuestros verdaderos propósitos. Eso es todo.

—¿Y cómo te justificarás delante de ella?

—Ya veremos. De momento, sigue dándole a la pala. ¿Tan hondo está el ataúd?

Los dos compinches hablaban con plena tranquilidad, seguros de sí

mismos. De pronto, Darrup lanzó una maldición.

—¡Finn!

—¿Qué diablos te ocurre ahora, tú?

—¡No hay nada!

—¡Qué! —aulló Charleth, acercándose de un salto a la excavación.

—Míralo —masculló Darrup coléricamente—. ¿Estás seguro de que la “pasta” tenía que hallarse aquí?

—Claro. Me lo dijo Clancy. Y después de lo que le hice, no iba a tener ganas de broma, ¿verdad?

Darrup tiró la pala a un lado con verdadera furia.

—¡Pues no hay nada! ¡Ni siquiera está el ataúd con el cuerpo del mayor Harris!

Durante un momento, los dos compinches parecieron llenos de desconcierto. Después, Charleth dijo:

—Se habrán llevado el cuerpo del mayor sin que nosotros sepamos nada. Entonces, nuestro trabajo ha sido en vano.

—Se equivocan —dijo en aquel momento una voz de frío y metálico acento—. Han abierto una fosa y la van a ocupar ustedes mismos.

CAPÍTULO XVIII

Harris tensó todos sus músculos. Estaba ya en las escenas finales del drama.

Charleth soltó una maldición el verse descubierto. Quiso sacar el arma, pero la voz volvió a sonar de nuevo.

—¡Quieto, cerdo! Yo te estoy viendo claramente a ti y tú en cambio, no sabes dónde estoy.

—¿Quién es usted? —preguntó el forajido, rabioso.

—Lynn Clancy, la viuda del hombre a quién tú torturaste hasta la muerte para arrancarle el secreto del escondite del dinero. Hatton ha muerto destrozado por su propia bomba y eso me ahorra un trabajo.

—¿Qué… qué es lo que piensas hacer con nosotros, Lynn? —preguntó Charleth, por cuyo rostro corrían gruesos arroyos de sudor.

—Figúratelo. He estado esperando mi venganza durante todos estos años. Esperando a que salierais de la cárcel y os reunierais aquí para recobrar el botín. Pero vuestras cuentas os han salido equivocadas. La única que va a sacar provecho de esa fortuna, seré yo—. Lynn soltó una agria carcajada—. Dentro de unas horas llega Kweng y… ¿es necesario que siga hablando?

Charleth lanzó un bramido de ira.

—Entonces, ¿el dinero…? —preguntó.

—¿Qué puede interesarle el dinero a un muerto? —murmuró Lynn pensativamente. Y de pronto, apretó el gatillo de sus pistolas dos veces.

Charleth cayó muerto sin que emitiera un solo gemido. Ciego de pánico, Darrup quiso salir fuera de la fosa.

A tres metros de distancia, Lynn, fríamente, le atravesó la cabeza de un balazo.

Darrup quedó en pie, con medio cuerpo fuera de la fosa, arañando la tierra con las manos. Luego, se deslizó a un lado, hundiéndose en la excavación.

Entonces, Lynn volvió a hablar de nuevo.

—Chester, salga. Sé que está espiándome. Déjese ver.

—Muy bien —contestó el joven sin inmutarse—. Voy.

Y salió al centro del camino, en el punto iluminado por el haz de rayos de la antorcha.

Oyó crujir de ramas. Unos segundos después, tenía ante sí la figura de la maestra, en cuya mano se veía brillar una pesada automática calibre 45.

Harris miró el arma con gesto pensativo.

—De modo que el sargento Clancy le dejó dos cosas como herencia: la pistola y trescientos mil dólares en billetes.

—Así es —respondió ella.

—¿Y los billetes?

—Hace años que la familia Harris reclamó el cuerpo del mayor y transportaron sus restos a los Estados Unidos. La lápida quedó, sin embargo, como recuerdo.

—Recuerdo de una canallada cometida por cinco granujas.

—Puede que lo fueran, pero yo voy a sacar mucho provecho de esa canallada —contestó ella fríamente.

—Ha estado dos años esperando. ¿Por qué?

—Tenía que vengarme de los que mataron a mi esposo, en primer lugar. Y, en segundo, no quería repartir el dinero con nadie.

—Pues, desde luego —comentó el joven con aire intrascendente—, no hay que negar que desempeñó su papel de modo harto convincente. ¿Acaso fue actriz de teatro?

—En la escuela secundaria, muchos, años atrás —contestó ella—. Oiga, ese Harris, ¿era hermano suyo?

—Simple coincidencia, señora Clancy. Soy un modesto agente de la Tesorería de los Estados Unidos, empeñado en rescatar ese dinero.

—Ahora no rescatará nada —dijo Lynn con acento glacial—. Me llevaré yo todo.

—Pero no está el dinero en la fosa.

—Sí está —aseveró ella con firme acento—. Lo que sucede es que hay que cavar más todavía.

—Vaya —exclamó Harris con acento chancero—. ¿Y qué hará después, irse con la motora de Kweng?

—Exactamente. Me he escrito una carta a mí misma, que el bueno de Kweng me traerá con la correspondencia. Esto justificará mi inesperada ausencia de la aldea. Mi pobrecita madre —añadió Lynn con tono de supremo sarcasmo—, está muy enferma, y mi deber es atenderla en sus últimos momentos.

—¡Qué lástima! —suspiró Harris—. No conseguí engañarle la otra noche.

—Claro que no. Hubiera necesitado ser tonta para no darme cuenta de que había estado registrando mis cosas. ¿Qué era lo que buscaba?

—Su pasaporte, expedido a nombre de Lynn Clancy.

—¿Por qué?

—Simplemente, para confirmar unas sospechas que eran casi certidumbre absoluta.

—De modo que sospechaba de mí ya —exclamó ella.

—¿Recuerda la noche que me tirotearon?

El cuerpo de Lynn se puso rígido.

—Claro.

—Le besé la mano. No lo hacía por galantería, y le ruego me disculpe, sino por comprobar una cosa. Su mano olía aún a pólvora deflagrada. Como, por lo visto, fallaron los métodos anteriores, usted quería asegurarse de otra forma más efectiva.

—Los curiosos me estorbaban, Harris —dijo ella sin inmutarse.

El joven miró los dos cuerpos tendidos en el suelo.

—No es preciso que me lo jure —dijo—. Y también fue, sin duda, la que liquidó a Ran Padang.

—Cierto. Merodeaba por aquí y fue el que le golpeó a usted. Yo creí que le había matado; por eso no le rematé. Ran Padang estaba enterado también de la existencia del dinero.

—Lo que no me explico —dijo él con acento reflexivo—, es por qué ha aguardado hasta este momento.

—Ya se lo he dicho antes: quería vengarme de los que mataron a mi esposo y luego quedarme sola con el dinero. No iba a tenerlo todo el tiempo en mi cabaña, ¿verdad? ¿Qué cosa más lógica que dejarlo dónde está que es el lugar más seguro que conozco?

—Entonces, la noche en que Ran Padang me golpeó, Charleth y Hatton huyeron temiendo verse descubiertos.

—Justamente. Y yo dejé luego la tumba tal como estaba. ¿Algo más, señor curioso?

—No —contestó el joven—. Creo que todo está listo ya.

—Todo no —respondió ella—. Falta el dinero. Saque a Darrup de la tumba y cave usted.

—No faltaría más —accedió Harris, inclinándose galantemente.

Se despejó de la chaqueta, dejándola a un lado. Ella se separó dos pasos.

—No intente nada contra mí, Harris, porque le aseguro que no tendré compasión.

—Descuide.

Harris saltó al fondo de la tumba y, agarrando con sus fuertes brazos el inerte cuerpo de Darrup, lo echó fuera. Después asió la pala y empezó a excavar.

Media hora más tarde, el filo de la herramienta chocó con algo blando.

—¿Quiere acercarme la linterna para ver mejor, señora Clancy? —pidió.

Ella se la colocó en el borde de la fosa. Harris siguió cavando durante cinco minutos más.

—Bueno —dijo al cabo—, parece ser, señora Clancy, que todos hemos perdido el tiempo.

—¡Qué! —rugió ella—. ¡Está tratando de engañarme!

—En absoluto. Mire usted.

Lynn se asomó al borde de la fosa. Inmediatamente, un grito de furia se escapó de sus labios.

El dinero había estado originariamente contenido en una gran bolsa de lona. Después de doce años de permanencia en la tierra, el tejido se había podrido casi por completo.

Harris hundió la pala, sacándola llena de una substancia húmeda y esponjosa, en la cual se veían algunos detalles de color verde. Los billetes estaban también completamente podridos y entre ellos hormigueaba una repugnante masa de movedizos cilindros blancazos.

El joven soltó una irónica carcajada.

—Todo el mundo esperaba el dinero. Los unos con un objeto y los otros… Pero los billetes han tenido el fin lógico que cabía esperar en una tierra como esta: han acabado siendo pasto de gusanos.

Volvió a reír.

—U Shi lo dijo bien claramente: los gusanos se desarrollan con gran rapidez en este terreno.

Miró a Lynn. Los ojos de la mujer despedían llamas. Su mano se crispaba en torno a la culata de la pistola como la garra de un ave rapaz.

Harris movió la pala de pronto con gesto velocísimo, arrojándole al rostro aquella repugnante masa de billetes podridos y gusanos.

Lynn soltó un feroz alarido y trastabilló, disparando a tientas. Harris se agachó en el fondo de la fosa, buscando el medio de esquivar los disparos.

Los estampidos cesaron de pronto, siendo substituidos por un agónico estertor. Con las debidos precauciones, Harris se asomó por el borde de la fosa.

Lynn estaba de rodillas, agarrándose con ambas manos el mango de un puñal que le sobresalía del centro del pecho, entre los senos. De pronto dio media vuelta a un lado y cayó tendida de espaldas.

Unos ramajes crujieron y dos personas aparecieron en el campo de luz de la linterna. Mary Ellis lanzó un grito.

—¡Chester!

—Hola, Mary —dijo él, tomando impulso con ambas manos para salir de la fosa.

La joven se le abrazó estrechamente. Su cuerpo temblaba todavía de pavor.

—Oh, Chester, qué miedo he pasado —exclamó—. Quise intervenir antes, con un palo, con una piedra, con cualquier cosa, pero U Shi me

lo impidió. Decía que tú le habías ordenado que no actuara hasta el último momento.

—Y así es. Quería enterarme bien de todos los detalles —miró al nativo, quien había arrojado el cuchillo centra Lynn—. Gracias, U Shi.

—Me siento muy complacido de haberle sido útil, *tuan* Harris —contestó el birmano gravemente.

Harris miró al fondo de la tumba. Los gusanos se movían en todas direcciones. Sintió una náusea.

—Tantas muertes —comentó apagadamente—… y para terminar todos en pasto para los gusanos.

Ciñó su brazo derecho en torno al talle de la joven.

—Vámonos de aquí, Mary.

Ella lanzó un suspiro y asintió.

CAPÍTULO IX

El claxon de la motora sonó alegremente. Hacía calor, pero Harris y Mary no lo sentían. Ambos volvían a la civilización.

De pie en la popa de la embarcación, agitaron sus manos en despedida a sus amistades. Ton Wee, U Shi, U Noy, hasta la viuda de Ran Padang había acudido al embarcadero. Decenas de manos contestaron a sus saludos.

La motora desatracó, dirigiéndose al centro del río. Harris y Mary permanecieron en pie hasta que la aldea hubo desaparecido de su vista.

Después, rodeándole la cintura con los brazos, la obligó a mirarle al fondo de los ojos.

—Y ahora —dijo—, supongo que habrás desechado tus locas ideas, ¿no es cierto?

Ella se puso muy encarnada.

—Conocí a Joshua Ellis de modo accidental. A su manera, era un buen chico y no me desagradaba del todo. Quizá hubiéramos llegado a ser algo más que simples amigos si un día no le hubiera atropellado un auto, matándolo en el acto.

“En cierta ocasión, estando borracho, me confió el secreto. Entonces, al morir él, esperé a que los otros salieran de la cárcel, donde purgaban una condena por atraco. Apenas tuve que fingir; casi ellos mismos creyeron, o lo fingieron, que era hermana de Joshua. Otra coincidencia de apellidos, como tú con el mayor Harris.

“El resto… bien, ideamos este plan para pasar más inadvertidos. Supongo que luego, al encontrar el dinero ellos me hubieran asesinado, pero esto lo veo ahora, después de lo ocurrido. Lo que ni siquiera sospechamos remotamente fue que estuviera esperándonos en la aldea la viuda de Clancy.

Se estrechó contra el pecho de Harris.

—Pero te aseguro que, aunque hubiésemos encontrado el dinero en buen estado y aunque hubieran cumplido sus promesas, entregándome la parte de Joshua… creo que toda la vida hubiera sentido remordimientos, Chester.

—Me alegro que pienses así —murmuró él—. Recuerdo lo que le dijiste a Lynn Clancy cierta noche. Has pasado mucha necesidad en esta vida, ¿no?

—Sí —murmuró ella.

Harris rio alegremente.

—Creo que seguirás pasándola. El sueldo de un agente del Tesoro no es muy elevado, ¿sabes?

Ella le miró amorosamente.

—¿Bastará para dos? —preguntó con acento mimoso.

—Eso depende de tu habilidad como administradora de un hogar —respondió él, inclinándose para besarla.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Somerueios, 17 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Seleccionos, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 128 - LA ASUNCION.

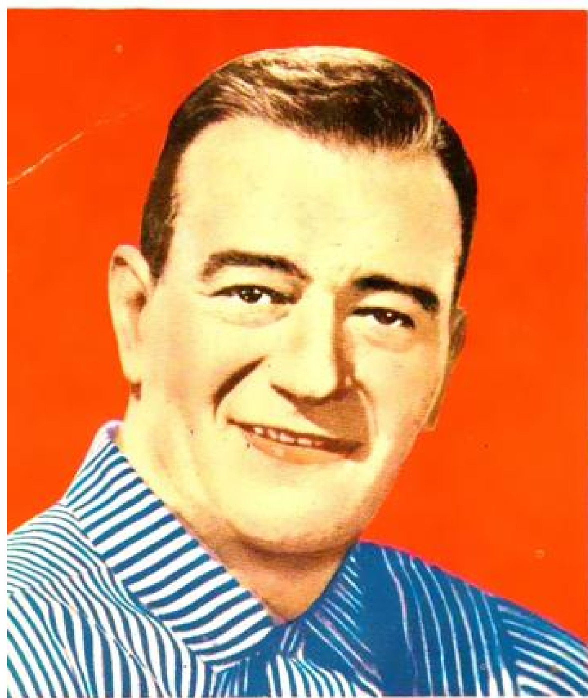
PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.425 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



John Wayne

Nº. 1532

Marion Michael Duke Morrison, nació el 26 de mayo de 1907 en Wunterset (Iowa). Ha interpretado un gran número de películas, entre ellas: "Centauros del desierto", "El Alamo", "Río Bravo", "Alaska, tierra de oro", etc.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

Notas

[←1]

Señor. (Nota del Editor).